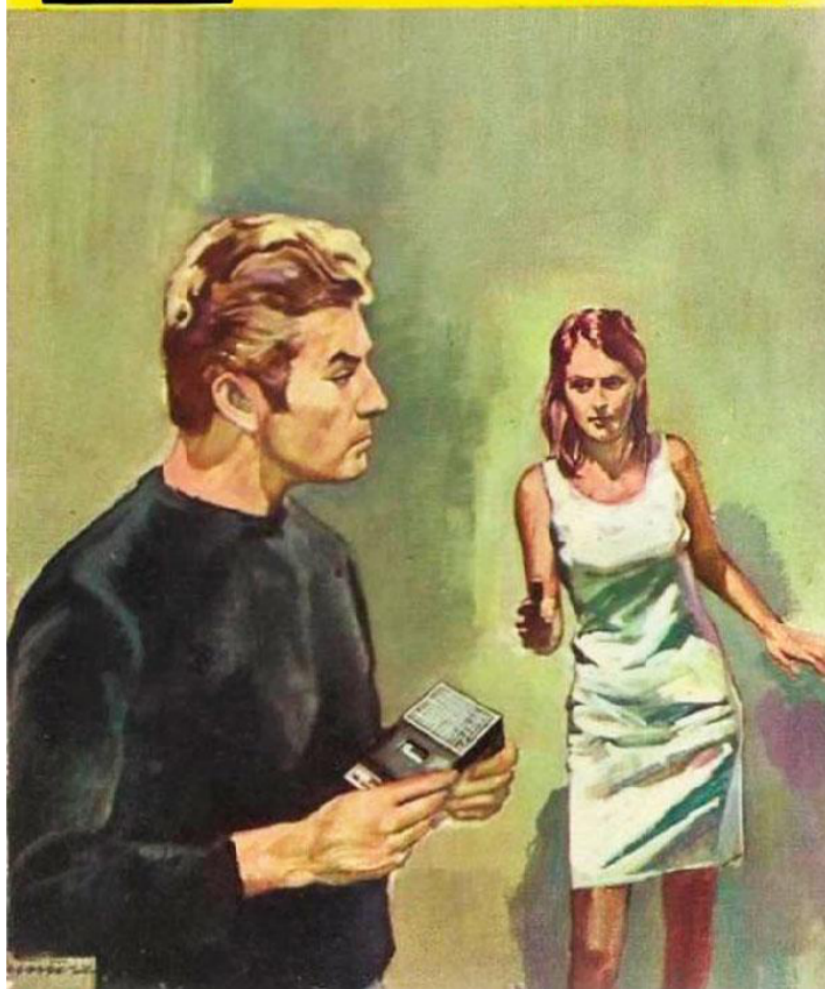




# los dedos y la víctima

peter debry





COLECCION

---

# PUNTO ROJO







COLECCION

---

# PUNTO ROJO







PETER DEBRY

# **LOS DEDOS Y LA VICTIMA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 373

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO**





Dépósito legal: B 17.800 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1969

© PETER DEBRY - 1969  
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - 1969  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969



## CAPÍTULO PRIMERO

Suspendido por los pulgares, de una cuerda colgante del techo, Boris Martel se encontraba incómodo, pero no malhumorado. Las situaciones desagradables eran siempre provisionales. Tenían un final: si era definitivo y sin solución, de nada servía preocuparse. Y si había solución, ¿para qué preocuparse?

Lo único de lamentar era que pesase cerca de los noventa, aunque no hubiese un gramo de grasa. Pero los dedos eran algo muy sensible, muy delicado. Los dedos humanos.

Porque los otros dedos, los anónimos que movían los hilos de las marionetas, de los peles, de todos los guerrilleros de la lucha secreta e implacable, aquellos dedos eran insensibles.

Trató de no pensar en el triángulo que unía su pulgar con el resto de la mano. Aquel ejercicio involuntario de suspensión era un poco más doloroso que los practicados con un profesor cosaco, en su adolescencia.

Había sido tal vez la única persona que intentó comprender el raro carácter del risueño y agresivo Boris Martel, nacido en la región cosaca del Don, de padre francés.

Boris Martel escuchaba distraídamente a Gregor Vorodin que discurseaba con gran paciencia, sentado frente a él, y a prudente distancia. Apoyaba el pie derecho sobre el muslo izquierdo, sosteniendo un cigarrillo entre dos dedos, con gran distinción.

Vorodin, oficial del K.G.B., soviético, era pequeño y macizo, de rostro redondo y pecoso. Hablaba como si todo fuera inútil y estuviese muy cansado.

Cambiaba con gran talento de temas. Decía ahora:

—A mi entender, se come muy bien en el Brillat de París, ¿cierto?

Martel no contestó. Mientras pudiera, se ahorrraba mover los labios. Se evitaba así los calambrazos que repercutían desde los

tirantes músculos de sus pulgares.

—¿No compartes mi opinión, Boris?

En el deje cantarino de Vorodin había un leve matiz de impaciencia. No convenía impacientar demasiado a tipos como Vorodin.

En voz baja, casi entre dientes, replicó Martel:

—Carísimo. Tu afición al lujo te perderá, Gregor.

La risa de Vorodin sonaba a todo menos a risa. Podía recordar el chirrido de una sierra, el crujido de uñas contra un cristal, cualquier cosa desagradable, menos una risa sincera y jovial.

Martel respiró lentamente. Esto era lo difícil. Respirar. Porque el margen de fuelle bronquial era escaso. Un exceso de avidez y se podía desgarrar algún músculo. Era preciso aspirar sutilmente, mediante una serie de muy suaves absorciones para conducir el aire a los pulmones.

Si cometía el error de moverse un poco, el trallazo de dolor le repercutía desde el hueco del pulgar hasta la punta de los pies. En tal caso, hacía muecas de sufrimiento para complacer a Vorodin que se esforzaba en no demostrar su alegría.

Vorodin miró su reloj. Debía hacer ya una hora que duraba la sesión. Martel, desde hacía dos meses ya había aprendido a calcular el tiempo gracias a la intensidad de las agujetas y en los sitios en que las sentía.

—Mañana volveremos a las drogas —anunció Vorodin.

Gregor Vorodin había demostrado un talento y una fantasía enormes en la técnica del interrogatorio desde que Martel era su prisionero. Pasaba del empleo de los recursos químicos a experiencias físicas como la actual.

Martel le temía a las drogas. Dejaban muy mal sabor de boca. Y luego tenía que preguntarse si el pentotal enriquecido con mescalina y L.S.D., no le había hecho charlar entusiasmado ante un Vorodin jubiloso.

Pero si hubiera charlado, ¿por qué seguirían torturándole? ¿Para hacerle creer que no había revelado nada?

Martel no le tenía odio a Vorodin. Era un instrumento. Obedecía. Solamente le reprochaba una cosa a Gregor: hacerle siempre la misma pregunta. Precisamente la única a la cual no podía contestar. Aquel día, era ya la sexta vez en menos de una

hora.

—¿Dónde está la banda sonora?

Vorodin lo preguntaba con voz cansina y resignada. Martel se había elaborado una selección de respuestas groseras. Pero hoy no se sentía en forma. La cárcel de la Loubianka solía deprimir a la larga.

—Ya la encontraremos algún día —afirmó el ruso.

Martel asintió con un imperceptible movimiento facial.

Vorodin reanudó el sistema de la tentación:

—Ya sabes que sigues teniendo a tu disposición un hermoso millón de dólares.

—Falsos.

—Pero valen lo mismo que los otros. No ibas a ser tú el único en nuestra profesión que no supiera pasarlos como legítimos.

La puerta de la celda se abrió, entrando un suboficial uniformado de azul noche. Se inclinó hacia Vorodin para hablarle al oído. Gregor no pareció asombrarse, pero dirigió a Martel una débil sonrisa que no le gustó nada. Era preciso haber sido víctima algunas veces en la vida para saber que un asesino profesional que se vuelve amable, está preparando posiblemente la jugada más sucia de su carrera.

Levantándose, Vorodin hizo un ademán para que el suboficial ocupase su asiento, y salió. El suboficial sentado miró irónicamente a Martel.

—¿Qué tal te encuentras?

—Me horripila la inactividad.

—No te preocupes. Pronto te vas a mover.

Vorodin regresó a los pocos minutos. Hizo un gesto que ya conocía Martel. Le iban a descolgar. El suboficial se dirigió hacia un garfio empotrado en la pared. Deshizo el remate de la cuerda y fue dejando resbalar suavemente a Martel hasta el suelo.

Martel ya había comprobado que apenas se acababa la sesión, no le imponían ninguna tortura inútil. Un profesional como Vorodin era cruel solamente durante las horas de servicio.

Martel fue bajando con enorme lentitud sus brazos. Por sus hombros surcaron agudos pinchazos, mientras se masajeaba. Luego removió los pulgares. Tenían un cerco rojizo. Se le antojaron más largos que nunca.

Vorodin y su ayudante le contemplaban divertidos. Dijo Vorodin:

—Toma. Te lo has ganado.

Tendía una cantimplora. Martel la cogió, desenroscó y fue oliendo.

—Si no me engaña la memoria, es vodka.

—Exacto. Y creo que no te desagrada ni mucho menos.

Martel estudió a Vorodin con desconfianza.

—Júrame que no es vodka con mezcla. No quisiera beber un trago y rodar por el suelo contándote toda mi vida desde mis recuerdos de feto.

—El riesgo es la sal de la vida —sentenció el ruso.

El aroma del alcohol ascendía a las fosas nasales de Martel. Le palpitaba el corazón.

Hacía ya dos meses que no había absorbido más que agua. A veces, sus guardianes la salaban.

La tentación era insoportable. Alzó el gollete hasta sus labios. Y tuvo miedo, de pronto. Dijo:

—Prefiero ser abstemio.

Devolvió la cantimplora a Vorodin. Había sentido un gran deseo de tirársela a la cara, pero desde que le encerraron en la Loubianka había decidido guardar la calma. La furia es un defecto peligroso para un prisionero.

—Hiciste mal en desconfiar, Boris —sonrió Vorodin—. Vas a ser liberado. Sí, no te miento, hombre. Vas a salir libre. Escéptico, inquirió Martel:

—¿Ya no me necesitas?

—Personalmente lamento tener que cesar en nuestras agradables entrevistas. Pero después de todo, ¿qué podías revelarnos ya?

—Nada... Lo mismo que te dije el primer día. Nada. ¿Y cómo regreso a la frontera? ¿A pie, a caballo, o en mortaja?

—Por avión, en mi compañía, hasta el aeropuerto sueco de Arlanda.

—¿Y una vez allá?

—Encontrarás una delegación francesa y serás intercambiado contra un oficial ruso que tus amigos del S.D.E.C.E., acusan de ser un espía. No es verdad, pero se trata de un hombre de gran valía. Nos interesa recuperarlo, tanto más cuanto que se trata de un error

voluntario por parte de tus jefes. Quisieron disponer de una moneda de intercambio para ofrecerla por ti. En definitiva, hacemos un buen negocio.

—Lo celebro por vosotros.

—No entiendo por qué te dan tanta importancia —ironizó Vorodin.

—Hay países en que me tienen mucho aprecio.

—Creo más bien que desean interrogarte. Me pregunto si lo harán con la misma atención que yo.

—Tenemos también buenos especialistas.

Sabía que Vorodin estaba muy orgulloso de su presunta distinción. Por esto añadió:

—Y ellos son hombres de mundo. Bestias, pero elegantes.

Pensó en los que había visto operar por Argelia. No se hacía la menor ilusión. Pero Vorodin se sintió ofendido.

—Voy a decirte una cosa, Boris. Presumes. Te crees un coloso tanto en temple como en lo físico. Pero estuviste a punto de agrietarte en dos o tres ocasiones. Cuando digo agrietar, supongo que ya me entiendes: habrías reptado ante mis pies, y me habrías lamido las botas, si te lo hubiese pedido.

Miró con densa fijeza a Martel:

—¿Quieres que te diga en cuáles ocasiones?

—Inútil. Lo recuerdo mejor que tú.

—Perfecto. Y añadido, ¿estás seguro de no haberme dicho nada referente al filme sonoro?

—Estoy segurísimo.

Martel mentía. Pero era su mejor arma en aquel momento. Vorodin abrió los brazos:

—Entonces, hijo mío, que la paz sea contigo... si es que de veras eres una víctima. Pero me temo que en los pocos días que te quedan de vida no tendrás ni un minuto de paz.

—Lo que tengo es sed, Gregor.

Le tendió el ruso la cantimplora. Martel hincó el gollete en su boca y echó la cabeza atrás. La quemazón a lo largo del esófago se transformó inmediatamente en un calor delicioso.

Devolvió la cantimplora y dijo Vorodin:

—Espero que regreses a tu vicio. Un borracho en el campo enemigo, siempre puede ser útil.

Afablemente aseguró Martel:

—Me cisco en ti y en tus ironías, Gregor Vorodin.

El oficial del KGB abrió la puerta de la celda. Señaló el pasillo:

—Ya conoces el camino. Tomas un baño, te devolverán tu ropa y nos iremos al aeropuerto.

Por el largo corredor, comentó Martel:

—He llegado a la conclusión que los servicios psicológicos del KGB cometen un grave error al condenar a los numerosos detenidos a la inactividad total, Gregor. El aburrimiento se hace tan pesado, que los interrogatorios, resultan por contraste, una diversión estupenda.

## CAPÍTULO II

En un enorme patio cuadrado, aguardaba un largo coche negro que arrancó apenas se hubieron instalado. No pudo evitarse Boris Martel echar una mirada por el pequeño cristal posterior.

Había sido llevado inconsciente a la Loubianka. Tuvo un estremecimiento al contemplar aquella fortaleza con almenas que parecían surgir de otra época. Una especie de La Bastille. Comentó:

—Un bello monumento histórico.

—Lo es en efecto —admitió Vorodin gravemente.

—Le deseo cincuenta megatones de uranio.

—Yo también —replicó tranquilamente el ruso—. A ésta y a todas las cárceles del mundo.

El «Zishk» avanzaba a buena velocidad a lo largo de una gran avenida, por la pista reservada exclusivamente para los vehículos oficiales. Sus ocupantes no sentían el menor deseo de hablar.

En el aeródromo las formalidades quedaron reducidas al mínimo. Una azafata condujo a Vorodin y a Martel hacia el avión, con prioridad a los demás pasajeros. Martel se instaló en una butaca de cola. Anunció:

—Ya no quiero correr más riesgos. En caso de accidente, dicen que los de atrás se salvan, si alguien se salva.

Poco después llegaron los demás pasajeros. Miraron con antipatía a los dos viajeros ya instalados. Le encantó a Martel la ironía de pasar por un soviético privilegiado. Sus pulgares le dolían todavía un poco. Se los frotó como si se ajustase los guantes. Inquirió Vorodin:

—¿Me guardas rencor?

—¿Por qué? Si todos los agentes torturados se pusieran a tener rencor, nuestra profesión sería un asco.

Sacó Vorodin del bolsillo un frasco aplanado de vodka. Dijo:

—Me place tu visión razonable de las relaciones humanas.

Bebió un sorbo. Martel le quitó el frasco. El vodka le pareció menos sabroso que en la celda. Era una seña tranquilizadora. Cuando tuviese la impresión de beber agua mineral algo fuerte, habría recuperado su equilibrio normal. Dijo:

—Hasta puedo confesarte un pensamiento que me ayudó mucho mientras te dedicabas con gran devoción a mi caso. Tú y yo elegimos ser las víctimas. Los dedos son los culpables. Los dedos que nos dirigen. Profundo, ¿eh? Nosotros, los agentes, las víctimas, o bien nos morimos o bien olvidamos. No me he muerto. Por consiguiente, ya he olvidado.

—Siempre pensé que no eras un retrasado mental, Boris.

—¿Con quién me intercambian?

—Con un tal Ilia Stenka. Es inocente.

—Como yo.

—Como tú. Así somos nosotros, los polizontes. Detenemos a los inocentes y cuando ya nos hemos divertido bastante, los intercambiamos.

—¿Crees que en la DST acariciaron a tu amigo?

—Es posible. Hay tanta desconfianza en este mundo...

—¿Serás tú el que interrogará al pobre Stenka?

—Probablemente.

—¿Suspendiéndole por los pulgares?

—¿Por qué no? Pero tengo confianza en Stenka: es un ejemplar raro. Un hombre sincero.

Sobrevolaban una estepa recortada en inmensos cuadriláteros grises y ocres. Los setos y senderos formaban líneas rectas verdes y oscuras.

Preguntó Vorodin:

—¿Por qué trabajas para los franceses, Boris? Naciste cosaco.

—Me encuentro bien en Francia. Me encuentro bien en cualquier sitio donde no me obliguen a nada. Yo no quiero que me obliguen a ser feliz, Gregor Vorodin.

—Ya. Prefieres la otra felicidad la de los electrodomésticos.

—Soy soltero. Me salvo.

Dormitaron. Cuando Martel abrió los ojos, sobrevolaban el Báltico. A lo lejos aparecían las costas suecas brillando bajo el sol. El aire que las envolvía parecía ligero y alegre.

Solicitó Martel:

—Háblame otra vez del fardo de dólares, Gregor.

—Demasiado tarde.

—Hace apenas dos horas, todavía me los ofrecías.

—Tuviste pupila al no aceptarlos. No habrías salido libre, muchacho.

—Entonces, estamos igual que al principio. Existe por el mundo un cortometraje sonoro, en lugar ignorado, que inquieta a muchos dedos... o peces gordos, si lo prefieres.

—¿Quién te asegura que el lugar sigue siendo ignorado, Boris?

—Seamos formales, Gregor. No vas a decirme ahora que me pasaste por el molinillo, por simple placer sádico.

—Nosotros somos formalistas. Ya no eres nuestro prisionero. Ya no tenemos motivo para tratar contigo. Mi oferta quedó anulada. Cesó en el mismo minuto en que me dieron orden de liberarte.

—Tuvisteis menos escrúpulos cuando me raptasteis de Cuba.

—No te raptamos. Te pusimos en un buen refugio. Estabas tan borracho que hubieras podido hacer tonterías...

—Por consiguiente, sigo siendo dueño de unos metros de película que pueden hacer estallar el mundo.

—Inténtalo... Pero el mundo es sólido, digan lo que digan.

Se abrocharon los cinturones. El avión iniciaba su descenso. La pista se abrió paso a través de los abetos. El aparato parecía rozar la copa de la arboleda. Y embistió la cinta de hormigón sobre la cual se posó con agilidad elástica.

Martel avistó el edificio de acero y cristal; Arlanda, el aeropuerto de Estocolmo.

—Echaré de menos nuestras charlas, Gregor.

—Yo también, Boris.

—Tal vez las reanudemos algún día. Naturalmente, tú de querubín suspendido en una nube. Por los pulgares.

—Los querubines no tienen pulgares —sonrió Vorodin.

Bajaron por la pasarela. Tres oficiales suecos, vestidos de caqui, les esperaban. Uno de ellos se dirigió a Vorodin, en ruso, preguntándole si el hombre que le acompañaba era realmente Boris Martel. Al recibir la respuesta afirmativa, le hizo la misma pregunta a Martel que asintió. El oficial les invitó a seguirle, encaminándose hacia el ala izquierda del edificio que albergaba los salones.

Entraron en uno tapizado de terciopelo azul. Había varios

cuadros por las paredes.

Pensó Martel que cada uno ocultaría uno o dos micros funcionando en beneficio de cierto número de servicios secretos.

Había tres grupos en aquel salón. Observó primero Martel el que más le interesaba. Dos hombres y una maravilla de mujer. El hombre de más edad era el coronel Egmont, uno de los jefes de una de las secciones activas del SDSCE, jefe de Martel desde hacía dieciocho meses.

Un hombre de apenas cincuenta años. Musculoso. De largo rostro que le daba una engañosa apariencia de pereza mental. Detestaba Martel las frases que iba a oír de aquellos labios delgados.

Al lado del coronel, se erguía un individuo de unos treinta años, que respiraba por todos sus poros la carrera diplomática. Un paso atrás se hallaba Belinda.

Le dirigió una mueca burlona y sonriente a Martel. El la devolvió. Le gustaba volver a verla. Siempre igual. Cabellos negros, lustrosos, en larga melena. Ojazos azules. Y una elástica arrogancia natural en todas sus curvas. Un prodigio de mujer.

Después de dos meses sin ver a una mujer, aquel espectáculo era excesivo. Daba vértigo. Tuvo que apartar la vista.

Al otro extremo, se hallaba otro grupo delatado por su vestimenta: americanas de tres botones, pantalones anchos, sombreros de ala demasiado pronunciada. Funcionarios de la Embajada soviética.

Por fin, en el centro, dos hombres recios escoltaban un hombrecillo que parecía muy nervioso. Fue ante él que se detuvo el oficial sueco, a la vez que tendido el brazo paraba a Martel. Éste adivinó que el hombrecillo era Ilia Stenka.

Volviéndose hacia Vorodin, murmuró Martel:

—Al peso salen perdiendo tus jefes.

—La pérdida es sólo en músculos, no en sesos —sonrió Vorodin.

El oficial sueco hizo un ademán y se acercaron el representante francés de la Embajada y su colega ruso. El oficial sueco empezó a leer la hoja de protocolo. El francés y el ruso asentían a cada punto. Los dos diplomáticos firmaron la hoja y los duplicados. El sueco miró a Martel:

—Boris Martel, queda usted libre de regresar a Francia.

Se inclinó hacia Stenka:

—Coronel Ilia Stenka, queda libre de regresar a Rusia.

Le tendía al ruso la hoja que le había devuelto el representante francés.

—Firme aquí, coronel Stenka —decía el sueco.

Martel contemplaba ávidamente a Belinda. Evocaba recuerdos muy gratos. Por esto la respuesta de Stenka tardó en asimilarla.

Ilia Stenka preguntaba suavemente:

—¿Y si me niego a firmar?

### CAPÍTULO III

Se produjo un gran silencio. El oficial sueco parecía extremadamente afligido. Dijo:

—No he comprendido del todo.

El coronel Stenka dijo con voz monótona:

—Entonces lo repetiré. Si no firmo, ¿qué sucederá?

El coronel Egmont se había aproximado, seguido de Belinda. Tendió la diestra a Martel.

—Será tal vez lo único que tendremos tiempo de hacer antes que vuelvan a llevárselo, Martel.

Percibió Martel el perfume de Belinda. Ella se empinó sobre la punta de sus pies. Susurró:

—Bésame. Nadie nos mira.

Tenía razón. Obedeció.

Por fin, Martel pudo volver a la realidad terrícola. Era delicada. El oficial sueco empezaba a perder la pachorra nórdica. Acusó irritado:

—Debió comunicar su negativa a las autoridades francesas antes de esta reunión.

—Sí, pero es que no me pidieron mi opinión.

Creyó Martel que tenía que intervenir, por su propio interés:

—Creo útil advertir que vine para ser intercambiado. Y lo seré.

Silabeó Stenka:

—Yo pido asilo a Francia.

—Pero yo no quiero el asilo de Rusia.

Ya no le escuchaban. El clan ruso se había reforzado, al acudir Vorodin. La discusión era agitada. El sueco se rascaba el mentón, perplejo.

Martel le preguntó al coronel Egmont:

—¿Cómo cree usted que acabará todo esto?

—Lo que me interesa es la película. Dime pronto dónde está...

—Yo no vuelvo a la Loubianka. ¿Sabe lo que me hará Vorodin?

—Lo que se hace de costumbre con quien tiene un secreto y se empeña en no entregarlo —replicó secamente el coronel Egmont.

Belinda acercó sus labios a la mejilla de Martel:

—Dímelo a mí, pronto...

El rictus de Boris Martel era elocuente:

—Esta noche, en París, guapa.

Impaciente, terció Egmont:

—Esta noche estarás en la Loubianka. Con tu amigo Vorodin.

El oficial escuchaba alternativamente al diplomático francés y al ruso.

—No necesitamos ciudadanos como Stenka. Se lo pueden guardar, pero el contrato queda roto.

—No para nosotros. Le devolvemos al coronel Stenka. No quiere volver a Rusia. No es asunto nuestro.

El sueco arbitró:

—Es evidente que no se le puede obligar.

—De acuerdo, pero entonces conservamos a Boris Martel.

—Tengamos presente que el tratado del 22 de setiembre...

Martel apartó bruscamente al funcionario francés.

—Tal vez vuelva a subir en un avión que me llevará a Rusia. Pero estaré sin sentido, y por consiguiente, en contra de mi voluntad. Pero antes, este magnífico salón y varios de los que lo ocupan, habrán sufrido graves daños.

En torno calibraban con respeto su estructura de luchador maestro en todas las artes, limpias y sucias, de sobrevivir.

Boris Martel se apartó un poco, y mientras se reanudaba la discusión procedió a seleccionar para el caso en que tuviera que entrar en acción. Colocó en cabeza de serie a Vorodin. Por simple gusto, ya que de todos modos, acabarían por dominarle. Se aproximó a Vorodin:

—¿Qué crees que pasará, Gregor?

—Cualquiera sabe. De una conferencia internacional puede salir cualquier cosa: guerra, reconciliación, alianzas contra otro...

Martel decidió que Vorodin recibiría el primer directo entre los ojos. El segundo en turno sería el sueco. De vez en cuando no les vendría mal a los neutrales recibir castaña. Luego seguiría el diplomático francés, por no poseer el término legal adecuado que

salvaba a un prisionero.

El oficial sueco alzó la mano y anunció:

—En uso de mi derecho representativo, he decidido que el intercambio es válido. Provisionalmente, el coronel Stenka permanece bajo la custodia del Gobierno sueco. En cuanto al señor Martel, queda enteramente libre a tenor de las firmas rubricadas en el protocolo.

El coronel Egmont agarró por un codo a Martel que murmuró:

—Trátame bien, o pido asilo a Suecia.

—Es el país donde hay más suicidios, muchacho. Vámonos a la Embajada.

El ambiente no era cálido ni cordial, en el salón de la Embajada. En dos sillones, frente a frente, el coronel y Martel. Contemplados por Belinda, que fumaba pensativa.

—Inútil decirte que en París están enojados contigo. Vamos, muchacho. Dime ya dónde escondiste el film.

—Aunque se lo dijese no serviría para nada.

—¿Por qué?

—La persona a quien le hice la entrega solamente me devolverá el paquete a mí, personalmente.

Intervino Belinda. Tenía una voz muy melodiosa. Era un encanto oírla.

—Firmas un papel, Boris, y voy en tu lugar.

—Imposible. Ya avisé. No dar nada ni siquiera contra firma garantizada mía.

Egmont tuvo un ademán impaciente:

—Te estás burlando de nosotros, Martel. Necesitamos este film.

—Estoy dispuesto y preparado para ir a recogerlo.

—Ya no tenemos confianza en ti, Martel.

—En tal caso... —y Martel suspiró apenado.

—En tal caso nos dirás dónde está. Y te aseguro que lo recuperaremos. Peor para aquel o aquella que no quiera entregarla.

—Después de todo, esta serie de fotos-registro, fui yo quien la encontré. Sin mí, ni sabrías que existe. Conseguí un golpe maestro. Y si no confían en mí, olviden y tan tranquilos.

Egmont suspiró también. No le gustaba la misión presente, porque Boris Martel le era simpático.

—Si te niegas, vas al paredón.

—¿Bajo qué acusación?

—Artículo 90: será condenado a muerte quienquiera destruya o deje destruir un documento con vistas a favorecer a una potencia extranjera. Y te aseguro que la ejecución será sumaria, aunque haya dos o tres almas sensibles en el tribunal, irás recto al paredón.

Martel silbó admirado. El coronel recitaba bien. Casi parecía convencido él mismo.

—No, no, no te creas que es un farol, muchacho. Has cometido el crimen más imperdonable: has puesto en ridículo al general jefe de nuestro departamento.

Intervino Belinda:

—Por si no lo sabes, te diré que el general procede de Ingenieros. Para él, la información es un simple encuentro entre abscisas y coordenadas. Deben siempre ser fieles a la cita. La geometría nunca puede fallar.

—Exacto, exacto —aprobó Egmont—. Fue muy satisfecho a comunicar al primer ministro la noticia: estábamos en posesión de un documento sensacional, extraordinario.

—¿Gracias a quién, eh? —indagó Martel.

—A ti. Pero dos días más tarde tenía que visitar nuevamente al primer ministro para anunciarle que el hombre del tesoro se hallaba en la Loubianka, porque lo capturaron borracho perdido en Cuba. Figúrate la gracia que le hizo... Pidió el nombre del pícaro travieso.

—¿Y se lo dieron?

—Con gran placer. Ha sido él quien llevó las negociaciones. Insistió mucho en que te viésemos. El mismo abogará la petición de indulgencia para tu caso y hará lo imposible para que no te la concedan.

—Un tío encantador, vaya —definió Martel.

Egmont encendió un cigarrillo turco. Con la primera bocanada dulzona, manifestó:

—En principio, nos darás la dirección. Belinda irá allá. Mientras, tú te irás al otro lado del globo, como si fueras a buscar el film. Todo el mundo se abalanzará tras tus pasos.

Regresarás dentro de dos meses. O no regresarás. Dependerá de tu suerte.

—Imposible. Le aprecio, coronel, pero si no estoy presente, nunca tendrán el film.

—Si operas tú mismo, lo tendrás entre las manos treinta segundos. Luego, te saltarán encima desde todas las esquinas.

Boris Martel prefirió escudarse en el silencio. Ya había dicho todo lo preciso. Cabía que el coronel hiciese un farol. En caso contrario, unas líneas en la Prensa anunciarían que un traidor de origen ruso, había sido fusilado. O ni siquiera estas líneas...

Intervino Belinda:

—Cabe otra solución. Boris y yo partimos juntos. Voy a buscar a la persona que tiene la película. Se la traigo a Boris.

—Tendríais veinte agentes pegados al... tren posterior —gruñó el coronel—. No. Voy a tratar de arreglar el asunto directamente con París.

Con la colilla perfumada señaló a Belinda:

—Es ya tu pareja de trabajo, Martel. Te recomiendo ser leal, y jugar limpio con ella.

Se fue el coronel Egmont. Contempló Martel a Belinda. Rasgos faciales suaves, ojos inocentes. Una tenue sonrisa que flotaba, más bien irónica que amable. La Gioconda 69. Trabajaba normalmente para el SDECE, y aparentemente era propietaria de una galería de cuadros.

—Sabes que Egmont tiene toda la razón. En París están furiosos. Y es preciso recuperar este *filmlet* como sea.

—¿Para salvar al general?

—Para salvarte tú. Si no te fatiga mucho, Boris, ¿quieres reconstituir los acontecimientos conmigo?

—Me gusta tanto verte como oírte, Belinda.

—Es cierto que conseguiste una información excepcional. El secretario del Departamento de Asuntos Exteriores americano tenía que entrevistarse secretamente con el embajador ruso. Todo era secreto en ésta entre vista: sitio, hora, día. Nadie sabe cómo te las compusiste para tener la información de lo que se iba a tratar. Elaborar un proyecto de acuerdo contra China y una especie de reparto de las zonas de influencia en el mundo.

—Más o menos, un Yalta «veintipico» años después.

—Las condiciones preliminares de la entrevista eran muy insólitas: en pleno campo. Para no despertar la atención de nadie, hasta se prescindió de adoptar medidas de seguridad extraordinarias. Dos coches negros, de serie, por cada lado, un

sendero a lo largo de un bosque donde prácticamente no pasa nadie. Tanto el secretario como el embajador abandonaron su despacho, como si fuesen a sus casas. Esquivaron así a todos los periodistas americanos. Tú eras el único extranjero que estaba al corriente. ¿Cómo lo lograste, Boris?

—Ha sido una proeza tan formidable que contarle le quitaría belleza.

—En todo caso, actuaste muy rápido. Contabas sobre el efecto de la sorpresa. Ya que los servicios secretos americanos estaban convencidos que habían logrado camuflar perfectamente la entrevista. Pero también tú te habías camuflado perfectamente en un árbol, con una cámara de filmación y rodaste varias secuencias donde se veía al secretario y al diplomático discutiendo. A menos que fallases la toma de vistas.

—No, no. Salieron perfectas —sonrió Martel complacido.

—Los dos interlocutores iban provistos de micros conectados a grabadoras. Los americanos habían instalado su grabadora en una granja cercana. Irrumpiste en la granja como un energúmeno, y dejaste fuera de combate a dos técnicos.

—Aparte el muchacho de la CIA a quien me vi obligado a noquear, rompiéndole algo, aparte de su carrera.

—Y te apoderaste de la cinta grabada, que equivale a la banda sonora de la película. Según parece, la conversación ultrasecreta era algo apabullante. El ruso proponía a los USA la neutralidad, en el caso en que un bombardeo, por error, destruyese las fábricas atómicas chinas. A cambio, solicitaba libertad de acción en Europa, en África y en el Oriente Medio. ¿Es así, Boris?

—Más o menos, sí.

—Inútil decirte lo que representa tal documental sonoro para los Gobiernos del mundo. Para los chinos sería la prueba de la colusión...

—Alto, ilústreme. ¿Dijiste colisión o sea choque?

—Sabes perfectamente el significado, oso listo. Colsión es el pacto entre dos, en perjuicio o daño de tercero o terceros. Para los chinos, sería la prueba de la colusión de los rusos con los que ellos llaman imperialistas. Para los aliados europeos, africanos y americanos, incluyendo Israel, sería una demostración aniquiladora moralmente. Demostraría que Washington los abandonaría a su

suerte, si podía acabar con el temible peligro amarillo en potencia y marcha, a cambio de una tregua con los rusos.

Y Belinda miró fijamente a Martel que contemplaba las magníficas piernas femeninas.

—Te has convertido en dinamita ambulante, Boris.

—Sí, pero soy inmune, inviolable, respetabilísimo. Si me matan, otra persona, la que tiene en su poder el documental Martel, reparte copias gratis.

—¿El documental Martel, eh? No está mal. Nuestro servicio mismo ya lo llama el documento Boris M. Hay quién sospecha que hasta podría servir como pieza del chantaje por infinitos millones tanto contra los rusos como contra los americanos.

—Vorodin ya me ofreció un millón.

—¿Y preferiste permanecer encarcelado y sometido a torturas?

—Suspendido de los pulgares me daba tiempo a reflexionar.

—¿Y rechazaste la oferta?

—En el mismo momento en que empezaba a pensar que sería un estúpido al no aceptar el millón en billetes legítimos, Vorodin vino a anunciarme el intercambio.

—¿Hablas en serio? ¿Estabas dispuesto a vender un documento secreto de esta importancia?

—Claro, muchacha. En la posición en que me hallaba, medité que con un millón de dólares podría aspirar a un poco de confort.

—Pasemos a la segunda parte de tu hazaña. Es menos gloriosa.

—Depende el color del cristal con que se mire, Linda.

—El embajador francés estaba avisado de tu visita. Él y sus similares no gustan nada de mezclarse en nuestras actividades. Pero ésta, era francamente excepcional. Por consiguiente, te esperaba. Te recibiría en su propio piso. No fuiste nunca.

—No fui. Cierto —admitió Martel risueño.

—Intentamos reconstruir lo que había sucedido. No era fácil. Los americanos no nos ayudaron. Hasta diré que trataron de ponernos todas las zancadillas posibles. Por fin supimos que en vez de tomar la ruta hacia Washington habías ido a Nueva York. Extendiendo las piernas, cruzó Martel las manos sobre el estómago.

—Tuve un contratiempo. A los dos kilómetros de recorrido, me atacó un coche con dos tipos. Hablaban poco, pero disparaban mucho.

—Encontramos tu coche acribillado de balazos. Pero tú no estabas.

—Me deslicé por la cuneta y ladera abajo, escapé. Felizmente había un bosquecillo por las proximidades.

—¿Eran rusos o americanos?

—Ni idea. Nunca me paro a preguntar al plomo que zumba, cuál es su nacionalidad. Los dos campeones de tiro, habían abandonado su blindado y me estaban buscando a pie. La suerte quiso que topase con un coche, provisionalmente libre, ya que los dueños hacían *camping* y estaban bañándose en el río. Cogí el coche prestado, sin molestarles.

—No lo devolviste.

—Unos veinte kilómetros más allá lo cambié por otro, ya que tal vez habían pregonado matrícula y señas del primero por todos los Estados.

—A cincuenta kilómetros de Baltimore, en un pueblo llamado Belair, te peleaste con dos bebedores, en una cantina.

—Uno de ellos me había amenazado con un cuchillo.

—Pero tú habías sonado a su amigo.

Suspiró Martel:

—Mira que sabes cosas de mi vida íntima, mujer.

—También sé que telefoneaste al embajador para citarle en el *hall* del Astoria. Él cogió inmediatamente el avión.

—Y no pude acudir a la segunda cita.

—No, porque a partir de aquel momento perdemos tu rastro. Al día siguiente, te vieron en Méjico. Luego nos fue señalada tu presencia en el Japón y finalmente en Cuba. No sé ni nadie sabe, de lo que huías, o que te proponías. Pero huías lo más lejos posible. Viajabas con la identidad de Bernard Conklin. ¿Quién es?

—¿Cómo puedes saber que en Rusia no revelaste el escondite del documental?

—Un amigo.

—No me habrían ofrecido un millón. A los rusos les horripila dar dinero a cambio de nada.

Belinda se levantó, aproximándose a Martel. Era un espectáculo digno de toda atención. Tenía todo lo que podía encantar a un hombre. Nunca había visto Martel unos ojos tan celestes ni un cabello negro tan encandilador.

Ella sentóse en el brazo del sillón.

—¿Dónde escondiste el documental?

—Hablas igual que Vorodin, mujer.

—Con la diferencia que no pienso emplear los mismos medios de presión. Verás cómo...

—Soy un hombre natural, un ejemplar raro de la fauna.

—Tienes el cerebro calculador del francés, y la ruda bestialidad caprichosa del cosaco, Boris Martel. ¿Dónde escondiste el documento? Dímelo por tu propio bien.

—Querida... Me torturaron durante dos meses. Luego me ofrecieron un millón de dólares. ¿Qué me ofreces tú?

—Podría proponerte un buen negocio.

—¿Cuál, Linda?

Ella encogió los hombros, y su mirada describió intencionadamente un recorrido por el salón. Martel aclaró:

—¿Los micros? Ya sé que este recinto se halla atiborrado de micros. Para empezar, el estupendo coronel Egmont que nos escucha muy abiertas las orejas. ¿Qué importa, mujer? Ya no puedo decirte más de lo que te he dicho, y repito. Film y banda sonora están en un lugar H que yo conozco. Y solamente me los darán a mí, si los reclamo yo, en persona. Por consiguiente, es necesario que vaya yo en persona. De nada serviría que os diese las coordenadas. No encontraríais nada, no os darían nada.

Acabó de beber su copa de champaña «brut» que por tres veces ella misma había rellenado y estalló en risotada divertida.

Propuso ella:

—Vayamos los dos juntos.

—¿Como una pareja enamorada?

—¿Por qué no?

Puso Martel cara de glotón y asintió brillantes los ojos. Inclínandose, ella depositó un ligero beso en la boca del agente Boris Martel.

—Para celebrar nuestro noviazgo, Boris.

Iba ella a alejarse. La retuvo por la mano.

—Si es para avisar al coronel Egmont que ya puede venir, es inútil que te molestes, Linda.

Lanzó un grito bastante parecido a un rugido. Y con voz recia, añadió:

—¡Coronel, le estamos esperando!

Belinda se desprendió yendo hacia la puerta:

—En una Embajada, es necesario respetar las buenas costumbres. No estás en una cuadra cosaca.

Belinda pulsó un timbre. Apareció un ujier al que Belinda pidió avisase al coronel.

Pasó un minuto, y Egmont al entrar dirigióse rectamente hacia Martel.

—Te portas como un estúpido, Martel.

—No doy más de mí. ¿Dónde está Stenka?

—Sigue con la policía sueca. Insiste en que le protejamos.

—Es decir, ¿quiere venir a la Embajada?

—Sí.

—Acepte. Sí. No se extrañe. Quiero pasar unas horas con el coronel Ilia Stenka. Somos dos exprisioneros. Quiero comparar nuestras experiencias.

Egmont reflexionaba:

—¿Y crees que descubrirás lo que oculta?

—Es posible. Tengo que hablarle ahora. Luego volveré a ser su esclavo, coronel.

Egmont dejó de acariciarse el mentón.

—De acuerdo. Vámonos, Belinda. Tenemos que dejarle el campo libre.

Solicitó Martel:

—Recuérdeme el artículo del Código. El número, por favor.

—¡Artículo número noventa!

—Tendré que aprendérmelo de memoria. Tiene un texto muy convincente. Será mi apoyo moral contra todas las tentaciones. Muchas muchas tentaciones para un pobre cosaco francés, inculto y sencillo.

## CAPÍTULO IV

Boris Martel había colocado ante él una mesita-bar. Estaba confortablemente instalado en un sillón. En frente, el rostro flaco del coronel Ilia Stenka era indescifrable. La mirada se negaba a todo diálogo. Los ojos eran de un azul hielo. Pero Martel sentíase cordial por partida doble.

Cogió un frasco medio lleno de un líquido blanco casi incoloro, como el agua. Ofreció:

—¿Un poco de «aquavit»?

Stenka denegó moviendo la cabeza. Expuso Martel:

—Nos complace que haya decidido quedarse.

Vació de un trago su vaso y comentó:

—El «aquavit», por más alcohol de cereal que sea, permite progresar rápidamente a los suecos hacia el primer lugar en el consumo mundial de licores fuertes. Cincuenta grados no está mal. Hay que respetar un país que ha escogido una bebida nacional tan potente. He pensado que podríamos sostener una conversación interesante. Algo así como una reunión de exprisioneros, coronel.

—He sido detenido injustamente —anunció Stenka, con sequedad.

—Lo mismo que yo.

—Usted es agente especial de la sección activista de choque de los Servicios secretos franceses.

—¿Y usted pertenece a la asociación de pintores dominicales?

—Si eso es humorismo, ríase usted —dijo severamente Stenka.

Martel no se rió. Volvió a llenarse el vaso. No había cogido el mismo frasco, aunque pareciese idéntico. El que ahora empuñaba contenía agua. Como Stalin en Yalta. La Historia es instructiva.

—En Rusia me pasé la mayor parte del tiempo colgado de los pulgares.

Ilia Stenka fingió asombrarse:

—Muy desagradable.

—¿Cómo se portaron con usted en Francia, coronel?

—He leído no sé dónde que los servicios de seguridad, sea en el país que sea, utilizan aproximadamente los mismos sistemas.

Hablaba severamente, sin sonreír. Agregó:

—En Francia, a juzgar por las costumbres del DST, la electricidad es barata.

—También he podido apreciar la calidad del voltaje soviético, coronel.

Y Martel vació su copa. Imitó a la perfección un hipo breve, discreto. Stenka pareció interesado. Agregaba Martel:

—En cambio, no me dieron ni una gota de vodka hasta la salida.

—Tampoco a mí me sirvieron borgoña en las comidas, ni siquiera un Dubonnet para abrirme el apetito.

Martel empuñó la botella de «aquavit».

—¿No le apetece, de veras?

Stenka sonrió por vez primera:

—Bien, ¿por qué no?

Cogió un vaso y lo tendió. Bebieron con deleite... Preguntó Martel:

—¿Emplearon también las drogas para hacerle hablar?

—Lógicamente.

—Y no reveló nada.

—Porque no tenía nada que revelar.

—Exactamente lo mismo que yo.

La conversación cesó. Martel ofreció el frasco. Stenka titubeó un poco y, por fin, presentó su copa. Martel pasaba frecuentemente la lengua por los labios. Conocía de memoria los indicios del estado preetílico. Dijo de pronto Stenka:

—Según parece, puede uno dominar la lengua, aun estando inconsciente y bajo influencia de drogas.

—Caramba. Oiga, debe ser interesante, coronel, este tema.

—Es preciso un entrenamiento. Parece ser que en ciertos servicios secretos se acostumbra a los agentes a soportar esta clase de interrogatorios. Se inyecta pentotal al sujeto después de haberle hecho repetir durante horas que no pronunciaría tal palabra o tal frase. El mismo ya se ha colocado, por consiguiente, en condición negativa. La voluntad de callarse ha penetrado hasta su

subconsciente. Cuando está dormido, sus respuestas son grabadas. Cuando despierta, escucha la grabación.

—¡Fantástico! ¿Y ya está?

—Oh, no... Se vuelve a empezar aumentando las dosis hasta que haya disciplinado las capas profundas de su cerebro. Existen procedimientos complementarios elaborados por sicoanalistas. Se basan, ante todo, en la transferencia. En lugar de la palabra que no debe pronunciarse, el sujeto se acostumbra a sustituirla por otra que no quiere decir nada. Actualmente los médicos preparan una tabla de correspondencias basadas sobre las constantes psicológicas. Por ejemplo, blanco y nieve, rojo y sangre, etcétera. De este modo, el sujeto sometido a inconsciencia para ser interrogado no tiene dificultad alguna en asimilar este código, puesto que coincide con sus propias tendencias, gustos y complejos. Martel emitió un largo silbido.

—Mira qué sabes cosas, Ilia.

—He leído mucho —declaró el ruso modestamente. Pero, en mi caso, y en manos de la DST, no necesitaba recurrir a tal ciencia. Podía hablar sin temor, puesto que no tenía que ocultar ningún secreto.

Bebió una tercera copa llena hasta el borde. Su rostro se sonrosó y sus ojos empezaron a brillar. Dijo:

—Los servicios secretos hacen mal en descuidar el entrenamiento psicoanalítico de sus agentes.

—No importa. Ya les dan cursillos acelerados de educación sexual, con ejercicios prácticos. Equivale y es más entretenido.

Martel se quedó asombrado del efecto que produjo su comentario. Stenka abrió la boca como si quisiera deglutir todo el aire de la sala. Luego, de su garganta surgió una carcajada sonora, con vibraciones de trompeta.

Parecía que no iba a terminar nunca de reír. Comentó Martel:

—Por fin, resulta que no eres un camarada melancólico, Ilia.

Stenka no contestó. Se sirvió él mismo, hasta el borde, y bebió de un trago. Frunciendo el ceño, indagó Martel:

—Tu entrenamiento o, mejor dicho, tus lecturas, ¿sirven también contra el alcohol?

—Eso habría que preguntárselo a los especialistas.

—¿Por qué pediste quedarte en Francia?

—Porque resido en Francia hace ya veinte años y me encuentro bien.

—¿En qué trabajabas?

—Delineante industrial.

—O sea, que eras un submarino.

Stenka hizo mueca de ignorante. Su mirada ardía. Expuso Martel:

—Les dan este nombre a los agentes instalados en un país y que durante años no prestan ningún servicio. Solamente entran en actividad en el momento en que parecen tan asimilados a la nación en que se hallan, que ya nadie sospecha de ellos.

—Si fuese un submarino ahora ya estaría «quemado», descubierto, inservible.

—No, porque te sumerges, y te estás quieto. Cuando se han olvidado de ti, compadre Ilia, vuelves a entrar en circuito y funcionas.

—Muy peligroso.

—Pero ya se ha visto hacer. O bien, sirves como maniobra de diversión. Mientras te vigilan a ti, otros trabajan tranquilamente.

—Muy peligroso.

Ilia Stenka reflexionó, y con voz pastosa, decretó:

—El espionaje es un verdadero rompecabezas. Oye, ¿hablaste en la Loubianka?

—De todo y de nada. De lo esencial, ni pizca.

—Parece ser que has escondido algo que molesta mucho a los rusos.

—Exacto.

—¿Por qué no te liquidaron pura y sencillamente, muchacho?

Parecía tener mayor dificultad en hablar. Acababa de terminar con el frasco de «aquavit». Sus párpados cayeron pesadamente. Dormitó unos segundos y sacudiendo la cabeza se despejó un poco.

—Te dejan regresar a Francia. Vuelves a tu pequeño apartamiento de soltero, a todos tus objetos familiares...

Tendió su vaso y Martel lo llenó de agua. Stenka absorbió el agua y gruñó complacido:

—Este «aquavit» es verdaderamente un explosivo.

—Me habías dejado en mi pisito. Te notifico que es una habitación de hotel.

—Todavía más sencillo. Te quitas la americana, notas que está un poco sucia, coges tu viejo cepillo de plata, recuerdo de tu padre...

Irguió Martel la cabeza. Miró fijamente a Stenka.

—¿No te estarás burlando de mí, padrecito Ilia?

—No, hombre, no. Hablo por hablar. Imagino. Estábamos en que coges tu cepillo de plata y lo pasas por tu americana...

Abrió los brazos apartándolos mucho y estuvo a punto de caerse de espaldas, con el sillón que recobró la vertical. Rió, contento:

—¡«Ploum, plaaf»! Se acabó Boris Martel Brigoski. Hasta quizá se acabe todo el hotel. Depende de la carga.

Martel se levantó y asió por las solapas a Stenka. El ruso lo miró con sonrisa bonachona:

—No he querido decir más que lo que dije. Yo lo haría así para acabar con el peligro que supones.

—Lo que dices es del género idiota. Si yo escondiese un secreto importante, me harían desaparecer antes que regresase a Francia.

—Si regresas a Francia es que ya habrás comunicado el secreto a tu jefe. Pero no me hagas caso. Lo que diga es idiota. Demuestra que no sirvo para espía.

Y el coronel Ilia Stenka se durmió. Con expresión beatífica. Entraba Belinda, y más apresuradamente el coronel Egmont, quien dijo:

—Magnífico, Martel. Ya radié. Dos especialistas irán a tu habitación para pasarla por el cedazo.

—Tengo un cepillo de plata que fue propiedad de mi padre —dijo Martel, pensativo—. ¿Por qué me habrá prevenido?

Miraba a Stenka que roncaba apaciblemente. Opinó Egmont:

—Hay una hipótesis favorable, y otra que lo es menos. La primera: le caes bien a Stenka, y con la ayuda del «aquavit», pensó que tu desintegración sería de lamentar. Segunda: acaba de insinuarte que si regresas a Francia, morirás de un modo u otro, pero violentamente.

Poco después, la radio especial comunicaba a Egmont las novedades. El cepillo de plata estaba en su sitio, en la habitación del hotel. Pero la placa dorsal de plata había sido despegada, y ahuecado su interior, para dejar sitio a un explosivo, conectado por cable finísimo a las propias cerdas del cepillo.

Según los especialistas, el hotel no hubiera desaparecido, pero de la habitación, pagada semestralmente, por anticipado, del cliente Boris Martel no habría quedado ni rastro. De su ocupante, restos muy desmenuzados.

Era difícil determinar cuándo fue sustraído el cepillo y cuándo lo devolvieron, a su estuche, en el armario. Siempre según los especialistas, el estado del explosivo, su consistencia y conexiones, permitían calcular que el artefacto había sido montado hacía más de un mes.

—Es decir, antes de la detención de Stenka —puntualizó Egmont.

Ilia Stenka seguía durmiendo tranquilamente.

Egmont atrajo por el codo a Martel y a Belinda. Señalaba un rincón de la sala, y cuando estuvieron al otro extremo del sitio ocupado por el durmiente, dijo Egmont en voz baja:

—No vaya a ser que aún dormido, tenga una oreja entrenada.

Martel miraba las paredes. Rezongó Egmont:

—Todos los micros desconectados. Tú, Martel, vas a partir con Belinda para recuperar tu paquete. Lo quiero lo antes posible. ¿En qué capital, o ciudad se halla? Esto por lo menos sí que puedes revelarlo.

—En Nueva York.

—Bien. Prepararé vuestra entrada clandestina en Estados Unidos. Pero no te hagas ilusiones. Antes de cuarenta y ocho horas te habrán localizado. Y a ella también, al ir contigo. Tendréis un batallón de colegas dispuestos a todo, lanzados sobre vuestro rastro, apenas tengáis en vuestro poder el material. Por consiguiente, hay que actuar deprisa.

Miró ahora Martel a Belinda. La señaló con su pulgar.

—Le tengo afecto a esta muchacha, coronel.

—Por esta misma razón, apenas tengas la película y la grabación, entregas ambas cosas a Belinda, y te haces visible ruidosamente en otro sitio con otro paquete, falso, para proteger la salida de Belinda que regresará clandestinamente a Francia. ¿Comprendido, muchacho?

—Perfectamente. Pero ¿por qué hacerle correr peligros a ella? Existe algo muy cómodo llamado valija diplomática, coronel.

—No confío en ella. Los buenos modales se pueden perder

cuando el valor monetario de lo que se transporta es de tanta importancia. Es un documental que hoy, vale muchos millones.

Egmont miró fijamente a Belinda:

—En ella confío plenamente. No sólo porque sus apellidos sean muy galos, sino porque es una francesa muy orgullosa. Quiere siempre lo mejor para su tierra natal.

Alzó Martel un dedo. Silabeó Egmont:

—¿Sí? ¿Qué?

—Cuando ella le entregue mi documental sonoro, ¿podré yo regresar a la dulce Francia?

—Por mí, sí, muchacho. Pero no respondo de los demás jefazos. Tal vez sigan algo rencorosos. Lo sabrás por la propia Belinda.

Antes de abandonar el salón, Boris Martel echó un vistazo hacia el dormido Ilia Stenka.

Otro ejemplar de la contradictoria y compleja alma rusa.

## CAPÍTULO V

Fueron llevados a un aeródromo del SDECE en las cercanías del litoral normando. Subieron en un «Mirage» que despegó casi inmediatamente. Llevaban pasaportes suecos. Figuraban en ellos como el matrimonio Lindsfor Lars y Greta, empleados en agencia de viajes y casados desde hacía dos años.

El avión volaba bajo para no filtrarse en ninguna de las autopistas del cielo que surcan el Atlántico. El piloto era un veterano. Era ya su sexagésima misión secreta.

Boris Martel aprovechaba la travesía para acumular reposo. Dormía sonriente. Estaba soñando que el coronel Egmont colgaba cabeza abajo, suspendido por el dedo gordo del pie.

Un sueño muy agradable.

A las cuatro horas de vuelo, Belinda despertó a su compañero de viaje.

—Estamos llegando, Lars.

Se despezó Martel. Estaba conectado el piloto automático, y el piloto humano les hizo sentarse en dos sillines de armadura metálica muy ligera, explicando:

—Cuando grite: «¡Listos!», agárrense fuerte. Me excusará, señora o señorita, pero usted y su acompañante, prepárense a recibir la más preciosa patada en el trasero que jamás puedan imaginarse.

Era una comparación grosera, pero acertada. Marte se sintió disparado hacia el cielo. Un huracán le fustigó el rostro. Y sintióse mecido en el vacío a una velocidad que le pareció igualaba la del avión. Contó hasta diez antes de accionar el dispositivo del paracaídas. Oyó un gigantesco arrugamiento de tela desplegándose, y percibió un vigoroso frenazo en lo alto, sobre su cabeza.

Belinda descendía ya balanceándose encima de él. Miró Martel entre sus pies. Cuatro luces rojas delimitaban el barco que les esperaba para desembarcarles en un punto del litoral de Florida.

El agua se aproximaba a gran velocidad. Martel se hundió en el mar, haciendo una mueca de desagrado. Un surtidor brotó en torno y lentamente, el paracaídas negro noche con fingidas estrellas, se inclinó sobre las olas. Cuando Martel salía a la superficie, percibió a Belinda que tomaba contacto con el mar.

La lancha rápida se iba aproximando, y la repesca se efectuó con destreza. A bordo había tres franceses, uno de ellos exoficial marino que dijo llamarse Robert. Anunció:

—Les desembarcaré mañana hacia el mediodía. Un coche esperará. El autocar para Nueva York sale a las catorce horas. Mañana noche habrán llegado al punto de destino.

Los acompañó a la cámara de cuatro literas aisladas. Señaló a Belinda unas fundas plásticas.

—Dentro encontrará la ropa necesaria para mudarse. Tras aquella cortina, su litera y cuarto de aseo.

Desapareció ella tras la cortina. Señaló Robert dos perchas con ropa. Una de ellas con un traje castaño de muy mal gusto y peor corte. Dijo:

—Lo siento, pero me han especificado que deben parecer muy suecos.

El vestido de Belinda era de un verde agresivo. Lo cual aumentaba el deseo de quitárselo, pensó Martel.

Pero aparte comer y beber, la única diversión que tuvo fue jugar a las damas con Robert y dormirar luego.

La lancha era muy veloz. Hacia el mediodía, tal como anunció Robert, aparecieron las costas americanas. Explicó Robert:

—Con su red de radar ya no puede aterrizar ningún avión clandestino. Por esta razón hemos elegido este sistema. Algo más largo.

Desembarcaron en una caleta de la que partía un sendero pedregoso que daba acceso a una carretera alquitranada. A lo lejos se percibía una playa festoneada de grandes hoteles.

Un «Chevrolet» les esperaba. Robert les había acompañado hasta el coche, entregándoles antes dos maletines de piel marrón. Dijo:

—Todo lo que necesita una pareja de casados suecos en vacaciones, incluido el Método Oginos. Buen viaje.

El viaje en autocar fue menos agradable. Centenares y centenares de kilómetros de autopista. A un ritmo que daba

modorra. Desempeñaron lo mejor posible el papel de turistas escandinavos.

Tenían reservada una habitación de camas gemelas en un hotel de Manhattan, dirigido por un francés que tenía un contrato con una agencia sueca de viajes, en la cual un empleado de Estocolmo, trabajaba para la red del SDECE. Él se había ocupado de hacer la reserva, anunciando la llegada de Lars y Greta Lindsfor.

Había pocas probabilidades de que el CIA o el FBI se interesasen tan pronto por una pareja escandinava. Pero era preferible anticiparse al caso.

A las cinco del día siguiente Martel y Belinda estaban en la habitación del hotel. Sonrió él:

—Por fin solos, amada mía.

Señaló ella el cuarto de baño:

—¿Te duchas primero o voy yo, Martel?

—Las señoras primero.

Cuando ella salió envuelta en albornoz blanco y rosa, arqueó las cejas al oír a su compañero de habitación:

—La primera y única vez que actuamos juntos, Linda, solamente duró nuestra unión veinte horas. En Lisboa. ¡Vaya noche! Siempre te recuerdo, durmiendo con una preciosa pistolita. No dormías, caramba. Sin embargo, constábamos como marido y mujer.

—No lo éramos ni lo somos.

—Y claro, llevarás la pistolita.

Belinda se dio una suave palmada en la cara externa del muslo derecho.

—En su funda impermeable, querido.

—¿No te fías de mí?

—No.

—Pero ¿qué hace un matrimonio sueco cuando llega a la alcoba de un hotel tras un viaje tan largo?

—Ellos lo sabrán. Yo sé lo que no harás ni haré.

—Es una estafa. Juraste sería un viaje de enamorados.

—Los enamorados se respetan mucho, Boris —dijo ella muy gravemente.

Ladeó él la cabeza, asombrado. Y murmuró:

—Sería curioso que fueras romántica, Linda. Bueno, no profundizo. El trabajo nos reclama. Es una pena.

Martel llamó un taxi. Belinda llevaba un vestido rosa hallado en el maletín. Se había quejado:

—Parezco un helado de fresa. Los expertos en alta costura del SDECE deben tener una opinión poco halagadora de la moda sueca.

Al arrellanarse en el asiento, indicó Martel:

—Al Broadway.

El taxista ostentó una sonrisita burlona que Martel conocía ya. Era la que dedicaban en París, Londres, Nueva York y demás capitales, a los turistas que apenas llegados, se precipitan hacia los puntos considerados escandalosos de la capital visitada.

Dijo Belinda:

—Parece como si supieras dónde vas.

—¿Acaso lo dudabas?

Hizo parar el taxi en el cruce de la Quinta Avenida y la calle 23. Quedaron pronto absorbidos por el centelleo deslumbrante de los carteles luminosos. A los cinco pasos, se detuvo Martel. Preguntó Belinda:

—¿Ya no te acuerdas?

La cogió del brazo.

—No tardaré en orientarme. Vamos.

Caminaron unos doscientos metros, a lo largo de clubs nocturnos y bares. Una *majorette* con minifalda y minicorpiño de pieles les retuvo un instante, elogiando la calidad del «Bingo-Bang».

Martel echó un vistazo al interior. Y dijo satisfecho:

—Gracias, *honey* [1].

Pero siguió adelante, llevando del brazo a Belinda. Una amplia sonrisa dilataba su cara. Dos bares más lejos, se detuvo.

Un portero vestido con uniforme que recordaba la Policía Montada del Canadá en fusión con un general congoleño de gala, se apartó para cederles el paso. Se hallaron en un largo y estrecho pasillo ocupado en su mayor parte por un mostrador. Del fondo, tras una cortina, brotaba una música de *jazz* estilo New Orleans 1925.

No había clientela en la barra. Martel ayudó a Belinda a izarse en un taburete y ocupó otro, llamando al barman. Un grandullón rubio, algo calvo, de mirada aburrida. Encargó Martel:

—«*Bourbon*», hielo, sin agua...

Y mientras el barman servía, agregó:

—Supongo que Janine sigue aquí.

El barman ostentó de pronto una ojeada de curiosidad. Tardó en contestar:

—No.

—Necesito verla.

—Aguarde un momento.

Se alejó hacia el fondo. Y Belinda comentó:

—No me extrañaría nada que este mozo fuese un confidente. Y este local no tiene nada de agradable ni bienoliente.

El barman regresaba. El cortinaje del fondo se apartaba y un individuo acudía. Vestía un traje azul, era bastante corpulento y tenía cara de adormilado. Tras él apareció una pelirroja, flaca, de negros ojos, con un cigarrillo colgando de los labios.

Al ver a Martel de más cerca, el del traje azul respingó, retrocediendo. La pelirroja le cogió del codo y dijo:

Déjalo de mi cuenta, Mike.

Y encarándose con Martel agregó:

—Váyase, ¡váyase!

Denegó Martel con la cabeza. La pelirroja le habló a Belinda:

—Si acaba de conocer a este hombre, apártese de él. Y aprisa. Déjelo. Sepa que con el estiércol solamente se puede una manchar.

Martel asintió sonriente, al replicar:

—O bien se puede hacer crecer una rosa roja como tú.

Intervino Belinda:

—Vengo desde Europa con él.

—¿Y no le ha sucedido nada desagradable a usted? —preguntó la pelirroja.

—Casi nada que valga la pena mencionar. Él quiere y yo también... ver de nuevo a cierta Janine.

Mike emitió una risa cansina, sin alegría, antes de manifestar:

—Será imposible.

—Déjame que yo lo explique, Mike.

—Como quieras, Susan.

La pelirroja Susan le hablaba a Belinda, como si no quisiera ni ver a Martel.

—Este hombre llegó una noche, completamente borracho. El barman que no era Jigger —y señaló al rubio semicalvo— se negó a servirle. Entonces cogió un taburete y lo estalló contra el suelo. Así,

tranquilamente para demostrar que tenía mal genio.

Belinda miró a Martel que bajó los párpados con expresión contrita.

—A Mike no le gustan los líos y dio permiso para que le dieran lo que pidiese. Su amigo pidió champaña francés mezclado con aguardiente ruso. En aquel momento entró Janine.

Un relámpago de cólera destelló en los ojos de la pelirroja.

—Se abalanzó sobre ella, como un gorila que se enamora de la primera rubia que asoma. Proclamó que iba a casarse inmediatamente con Janine. Preguntó en qué bar estaba el pastor de servicio permanente. Todo el mundo reía. Desgraciadamente. Porque se calmó un poco y nos dijimos que después de todo, no era un matón antipático. Invitó a Janine a salir, y se marcharon.

—Hasta ahora, no veo... —empezó a decir Belinda.

—Espere. Media hora después, llegó Janine toda temblorosa. Habían entrado en otro bar. Él había pedido otra mezcla y el barman estaba preparándola, cuando a este... individuo se le metió entre cejas que el barman tenía cara de turco. Y al parecer los turcos eran sus enemigos desde la infancia. Empezó a sacudirle. Todo el mundo se puso a defender al barman. Janine huyó, después que él le confió su cartera. Porque ahora tengo que hablarle de esta famosa cartera.

Martel empezó a interesarse en el relato.

—Había llegado con ella... Una cartera como cualquier otra, que le daba aspecto de hombre de negocios cuya esposa está de vacaciones, y que fue a cenar normalmente, pero luego quiso divertirse. Después de tomar tres de sus mezclas, nos dijo que dentro de la cartera llevaba algo suficientemente explosivo para hacer reventar a todos los dedos grandes del universo. Naturalmente, todo el mundo se rió. Y él se enfadaba. Entonces hicimos ver que le creíamos. No hay que llevarles la contraria a los borrachos... Decía: «Reparto copias del contenido de esta cartera, y Johnson, Kossiguin, Wilson y De Gaulle, ya pueden buscarse empleo de porteros».

Titubeó Susan unos instantes:

—Esto hizo que con Janine, tuviéramos deseos de abrir la cartera. Pero solamente encontramos una película y una cinta magnética. Nos entró miedo y volvimos a cerrar la cartera. Era

seguramente algo relativo a un chantaje. Poco después llegó este hombre...

—Lláname Mart —sonrió Martel.

—Parecía contento, casi despejado. Dijo que el exceso de alcohol había que eliminarlo de una manera u otra. Pagó una ronda general. De las dos docenas de clientes que había entonces, la mitad va por los bares esperando encontrar algún primo que invite. Su Mart se hizo popular. A las tres de la madrugada, nos cantaba folklore cosaco, y bailaba como un energúmeno. Con Janine dormitábamos en un rincón. De vez en cuando venía a abrazar a Janine como un oso tierno. Y de pronto nos dimos cuenta que se había ido.

—¿Con la cartera? —preguntó Belinda suavemente.

—Sin ella... Seguía sobre una mesa. Yo y Janine no sabíamos qué hacer con la cartera. Decidimos dejarla en el armario ropero del barman. Nos fuimos y al día siguiente, al llegar, encontramos a Mike furioso. Habían registrado el bar. Un desastre. Botellas rotas, cajones reventados...

—Y la cartera había desaparecido.

—¡Eso es! Unos diez días después vino un hombre preguntando por Janine. Reclamaba la cartera. Venía de parte de usted, Mart. Janine le explicó lo que había sucedido. Él pareció contrariado y le dijo a Janine que debía venir a decírselo a usted. Ofreció doscientos dólares de parte de usted. Janine aceptó. Se marcharon los dos y ahora, si usted desea ver cómo estaba Janine cuando la volvimos a ver, señora, le vamos a enseñar unas fotos.

Susan le dio un codazo a Mike:

—Vete a buscarlas.

—¿Para qué?

—¡Vete a buscarlas!

Mike obedeció. Belinda miraba a Martel que crispados los puños, apretaba los labios.

Mike regresaba. Tendió a Belinda un abanico de unas fotos de 12 x 18.

Martel se inclinó sobre el hombro de Belinda. Vio un cuerpo desnudo. Una mujer extendida en el suelo, brazos en cruz. El cuerpo ostentaba marcas negruzcas.

—Son quemaduras —concretó Susan.

—¿Por qué conservan estas fotos? —quiso saber Belinda.

—Nos las dieron los policías.

Boris Martel declaró con expresión de honda sinceridad:

—No tengo nada que ver con la muerte de Janine.

Preguntó Belinda:

—¿Cómo era el hombre que vino a buscar a Janine?

—Alto, flaco, ojos muy hundidos, con una cicatriz en el labio superior.

—¿Hablaba bien inglés?

—Con acento. Un acento parecido al de usted misma, señora. Al día siguiente, antes que descubriesen a Janine en un solar del Bronx, fui atacada. Dos hombres intentaron arrastrarme hacia un coche. Grité, formé escándalo, y huyeron. Durante cerca de un mes me escondí en una cabaña que Mike posee en las montañas de Albany.

—¿Los ladrones se llevaron algo más aparte de la cartera?

—No.

—¿Los han detenido?

—Todavía no.

—¿Cómo entraron en el bar?

—Por un tragaluz que comunica con el patio.

—¿Podemos verlo? —solicitó Belinda.

Mike se dirigió hacia una puertecilla al fondo, al lado de la cortina. Le siguieron al interior de un cuartucho donde formaban charcos las luces multicolores de la calle, penetrando en sesgo por la lumbrera bastante ancha, a ras de acera.

Martel parecía fascinado por aquel tragaluz. Preguntó Belinda:

—¿Te recuerda algo?

Martel giró bruscamente sobre sus talones. Regresaron hacia el mostrador. Mike iba tras ellos. Pidió Martel:

—Como pueden darse cuenta estoy pacífico. Sírvanme un *Bourbon*.

La voz de Mike le sorprendió. Era seca y autoritaria.

—Con la condición de que lo beba brazos en alto. Y usted también, señora. Lo siento.

Se volvieron. Mike empuñaba un «Colt». Belinda alzó las manos a la altura de los hombros. Suspirando, Martel la imitó.

Especificó Mike:

—Yo no quiero líos con la policía. Ellos son los especialistas que resuelven las papeletas raras. Jigger fue a telefonear que había un caso sospechoso que podían esclarecer ellos.

La puerta se abrió con estrépito y aparecieron dos hombres. El primero era alto, atlético, de rostro cuadrado, juvenil. Se presentó:

—Teniente Harris.

Como parapetada tras el mostrador, apuntó la pelirroja Susan hacia Martel, que continuaba con las manos en alto.

—Creo que tenemos al asesino de Janine, teniente.

Mike explicó lo sucedido en breves palabras. El teniente Harris hizo un gesto y su compañero acudió a sacarle la cartera del bolsillo a Martel.

Leyó el pasaporte:

—Lindsfor Lars, de Estocolmo.

La pelirroja dijo agudamente:

—La última vez que vino era cosaco y les cascaba a los turcos, y a los armenios.

El teniente Harris sentenció con fastidio:

—Cambian tantas veces de fronteras en su endiablada Europa...

## CAPÍTULO VI

En su despacho, el teniente Harris era cortés, pero apremiante. Quiso primero saber cómo había llegado a Nueva York el matrimonio Lindsfor.

—Por barco —dijo Belinda.

—¿Qué fecha, qué barco?

Ella dio una fecha y un nombre: el *Laponia*. Harris podía comprobarlo. El matrimonio Lindsfor figuraba en la lista de pasajeros.

De un cajón extrajo Harris un expediente, abriéndolo. Dijo:

—Deseo que mire bien esta foto-robot, señora.

Ella contempló la foto compuesta gracias a las indicaciones de los testigos de la borrachera de Martel. Invitó Harris:

—Véala usted también, señor.

—No me hace falta. Gracias de todos modos.

—Fue hace cosa de dos meses y días. Usted viajaba bajo la identidad de Bernard Conklin, y pretendía ser cosaco del Don, pese al apellido.

Con una sonrisa acida, añadió:

—Ya sé, ya sé... Todos los humanos deseamos algún día u otro, cambiar de piel y costumbres. Agrego que por orden de las altas esferas, la investigación sobre el asesinato de Janine Winters ha sido cerrada. Mike no lo sabía y por ello creyó conveniente avisarme. Pero parece ser que Janine Winters murió por razones que solamente incumben a los elementos superiores. Nosotros los míseros polizontes no debemos ocuparnos del caso. Miró fijamente a Martel:

—¿Es usted un agente?

—No, no. Soy un turista.

—Ya. En tal caso hay que ver cómo pierde el tiempo nuestra CIA. Fueron ellos los que intervinieron para que la policía no se ocupase

para nada de este asesinato...

—Soy simplemente un borrachín que quería volver a ver a Janine.

—Comprendo... Y usted, señora, ¿no es la fascinante espía con la que sueño desde hace años?

Belinda rió, replicando:

—Una espía con vestido rosa muy llamativo.

—Esto es precisamente lo que la delata —concretó Harris calmoso—. Ninguna sueca se atrevería a circular tan vistosamente. Tengo antepasados escandinavos. ¿Quién le eligió esta ropita? ¿Los expertos de su CIA?

Seguía ella riendo silenciosamente. Agregó Harris:

—No le asombre... Nuestros técnicos con sus batallones de computadoras y su monstruosa preocupación por los detalles típicos, que creen legítimos, siguen haciendo deglutir docenas de caracoles, y ancas de rana, a los pobres agentes que envían a Francia.

Levantándose añadió:

—Voy a efectuar dos o tres telefonazos para saber si desean electrocutarles en San Quintín, si los expulsan o si quieren ofrecerles un contrato de enrolamiento en las filas del CIA.

Salió del despacho. Murmuró Belinda:

—Tiene una ironía quemante el señor teniente Harris.

—Porque es un policía decente y no le gustan los tapujos.

—Bien... Se acabó el matrimonio Lindsfor. Es una pena... Empezaba a gustarme la idea de que éramos una pareja apacible.

—Mañana nos pasaremos en compañía de una pandilla de colegas americanos deslizándose por las sombras.

No tardó mucho en regresar el teniente Harris. Anunció:

—Pueden seguir con su viaje turístico. Los mandamases tienen un gran interés en que los dos disfruten de una total libertad de movimiento y desplazamientos. Adiós.

Comían un filete-mignon en el Cosy, el restaurante donde se reunían de madrugada los noctámbulos de Broadway. Solamente cuando hubo saciado su apetito, Martel parecía pensar en voz alta:

—Llego al bar de Mike, por vez primera. Hay una rubia rolliza, normal, cariñosa. Me acompaña. Le dejo la cartera cuando varios muchachos deciden boxear conmigo. Alguien debió ver a Janine

regresando al bar de Mike. Pero este alguien no sabía todavía lo que había en la cartera. Después la torturan para que diga dónde fue a parar la cartera.

Pegó un puñetazo sobre la mesa.

—Linda... ¿El de la cicatriz, te suena?

Denegó ella con la cabeza. Gruñó Martel:

—Si alguna vez me lo encuentro...

—Me gustaría más que encontrases la cartera.

—También me gustaría a mí.

—O sea que ya no sabes dónde está.

—No.

—Creías que la guardaba Janine.

—No.

—Ahora sí que no comprendo.

—Es sencillo. Ni siquiera me acordaba de Janine.

—¡Pero...! Tú mismo la mencionaste el primero.

—Porque su nombre me vino al recuerdo apenas entré en el bar de Mike. Yo sabía que había venido al Broadway. La última imagen que conservaba era el cruce donde hice parar el taxi. Luego vi a la *majorette*. La recordé. El resto es evidente. Una muchacha murió. Película y banda sonora han desaparecido. ¿Dónde estarán ahora?

—Trata de recordar qué hiciste después.

—Tomé un par de aviones. Varios taxis.

—Pero ¿dónde, exactamente?

—No sé. Me dio por mezclar *whisky* y vodka, para entonarme en el ambiente. Floté asquerosamente. Cuando me despejé lo suficiente, me hallaba en un avión soviético que me llevaba a Rusia.

—¿Seis días después, Mart?

—Sí...

—Pero de todo el intervalo vacío algo debe quedarte.

—Imágenes... Sin hilación... Muy vagas. En Tokio, veo una *geisha* muy voluminosa, riente de ojos sesgados. Quiso luchar conmigo. Acepté. Se las sabía todas y me venció. Luego un taberna mejicana. Sí, en Méjico. Había un gamberro provocador.

—¿Te mirabas al espejo, querido?

—No, no. Era un *beatnik* de largos cabellos.

—¿Y en Nueva York, qué?

—La *majorette*, Janine, un rato, luego una luz roja... después,

nada.

—¿Y la cartera?

—Ni idea.

Muy suave, recalcó ella:

—Entonces nos mentiste.

—A ti, no. A los dedos que manejan los peleles, sí.

—Déjate de complicaciones esclavas, Mart. No podías facilitarnos ninguna indicación, no porque hubieses dado instrucciones a un depositario x en un lugar H, sino porque no te acordabas de nada.

—Alegar X más H era mi única defensa matemática, ¿no?

—¿Qué esperabas al venir a Nueva York?

—Encontrar una pista.

—La encontraste. Janine. Pero por desgracia alguien pasó antes que tú. ¿Estás cierto de no haber revelado nada a Vorodin?

—A Janine la mataron antes que a mí me agarrasen los de Vorodin.

Encendió Martel un fósforo presentando la llamita roja ante los ojos de Belinda, y pasándola después ante los suyos.

—Luces rojas, Linda. Yo debo ser el autor del registro en la trastienda de Mike. Hace ya dos meses, cuando duermo, o cuando estaba drogado, veía un charco de luz roja. Al mismo tiempo tenía una impresión de malestar como si corriese tras un recuerdo que me huía. Cuando estuvimos en el cuartucho del bar de Mike, comprendí. Aquélla era la luz roja. La que iba encendiéndose y apagándose por el suelo, de acuerdo a la intermitencia de los anuncios de neón del otro lado de la calle. Solamente pude registrar este intermitente llamarazo rojo en el momento que me introducía por el tragaluz para recuperar mi cartera.

Y como agotado por el esfuerzo, Martel resopló. Belinda aplastando su cigarrillo en el cenicero, tenía la mirada lejana, ausente. Hablaba como si divagase:

—Si no fuese trágico, sería grotesco. Los servicios de espionaje gastan billones y billones para conseguir toneladas de informaciones que analizan. Montan emboscadas, detectan agentes enemigos, los neutralizan, tratan de sobornar a los mejores en aptitud. Una descomunal partida mixta de ajedrez y póquer se juega por el mundo entero, entre centenares de hombres y mujeres inteligentes. No tienen problema estos servicios ni de dinero, ni de

personal ni de material. Y un borracho pega cabriolas, baila, canta. Un gorila guapo, empapado de toda clase de alcoholes.

—A lo mejor te refieres a mí. Lo sospecho. Eso de guapo, me encaja.

—Ese guapo chiflado que parece reírse de todo, consigue un documento sensacional, único. Lo pierde. Y todo el sistema mundial tiembla, las computadoras tartamudean, los jefes geniales tienen fiebre... Te has lucido con tus orgías de cosaco loco, Boris Martel.

Sin embargo, ella parecía secretamente divertida. Martel lo estaba, muy visiblemente, y declaró:

—Este toque se llama el elemento humano. Los dedos que mandan y señalan víctimas, quieren convertirnos en máquinas. En víctimas. Y no pueden hacerme su víctima. Temen que mi muerte hiciera salir a flote el documental delator. Y yo, la víctima, me cisco en todos ellos. Es mi gran desquite de víctima. Tengo en jaque a todos los dedos que manejan a millones de seres humanos.

—No seas tan presuntuoso, Mart. No sabes siquiera dónde está tu famoso documental.

—Sí, pero eso lo ignoran ellos.

—Podría yo decírselo a las jefaturas de los servicios.

—No te creerían. Son tan desconfiados que creen que yo simulo ignorarlo ante ti.

—¿Simulas?

—Ni lo sé yo mismo, Linda.

—A ratos, me exasperas. Supongamos que recuperaste tu cartera. ¿Qué hiciste con ella?

—Vete a saber.

—Pero desde Nueva York fuiste a Méjico. ¿La tenías contigo?

Hizo Martel un ademán de ignorancia, presentando las dos palmas y alzando los anchos hombros.

—De Méjico me acuerdo muy poco. Aparte el muchacho *beatnik* al que sacudí por la melena cuando me enseñó un cuchillo con malas ideas. Pero como la tequila es algo bárbaro... ya no sé más.

—Entonces iremos a la agencia de la TWA.

—¿Para qué, Linda?

—Próxima etapa. Méjico.

Salieron, de la agencia de la TWA. El sol les deslumbraba. Hacía

un día espléndido. El avión para Méjico partía a las cuatro de la tarde. Tenían tiempo de pasear como turistas sin preocupaciones.

Llegaron a una plaza y se internó Belinda por la avenida menos transitada. Había muchos escaparates. En uno de ellos, vestidos veraniegos ante los que Belinda se extasió.

Y oyó un repentino rugido que le produjo la impresión de tener por acompañante a un Cromagnon en el momento en que éste se abalanzaba sobre el representante de otra tribu sorprendido en su reserva de bisontes.

Martel se proyectaba en estirada sobre un fotógrafo ambulante que intentaba escapar. Le rodeaba el torso, parándolo en seco, elevándolo en el aire, a la vez que lograba así reponerse en vertical, y soltando su carga humana. El fotógrafo cayó sentado, y su aparato se estrelló en la acera.

Pero lo que chocó más a Belinda fue la visión de un enorme perrazo que, en la jaula de un escaparate, yacía en el tablado, agitadas las patas en movimientos convulsivos. Y se inmovilizaba, abiertas las fauces, en blanco los ojos.

Martel ayudaba a ponerse en pie al fotógrafo, cogiéndote por el cuello de la chaqueta. Los transeúntes se agrupaban. Se aproximaba Belinda. Un individuo alto y robusto, de rostro enérgico, interpelló a Martel:

—Es usted un bruto.

Martel tenía cogido por el codo al fotógrafo. Le preguntó:

—¿Verdad que no soy ningún bruto?

—No.

Una mujer exclamó:

—¿Y el perro? ¿Qué le pasó al perro?

Todo el grupo se volvió hacia la exposición de jaulas caninas.

—Un ataque cardíaco —afirmó Martel.

Hizo una señal a Belinda, a la vez que arrastraba a su prisionero que ya no ofrecía resistencia. Aparecieron dos policías uniformados. Belinda se resignó a una nueva detención e interrogatorio.

Pero los dos policías dispersaban a la muchedumbre. Parecían no ver al trío que se alejaba. El robusto peatón que había intervenido trató de protestar. Con firmeza, los policías le señalaron a empujones la dirección opuesta. Y se fueron.

El fotógrafo quiso liberarse. Martel apretó más su llave.

Manifestó:

—Si les digo que fuiste tú el que mató al perro, te linchan.

Caminaron unos pasos más, Martel sin soltar del brazo doblado al prisionero, Belinda al otro lado. Llegaron a la altura de un estrecho pasaje donde había bidones vacíos y otros con basura.

Estaba flanqueado por altos muros de ladrillos. Penetró Martel y a los pocos metros adhirió a su adversario contra el muro. Un hombre de rostro enjuto, ojos febriles, que contemplaban a Martel con rencor.

—Me agradaría oír lo que pasó —solicitaba Belinda.

Martel mantenía indolentemente a su prisionero con una mano. Apoyada en la unión del cuello y hombro.

—Estaba yo mirando al perro, diciéndome que estaría muy bien en su compañía por alguna montaña desierta, cuando en el espejo del fondo de la jaula, vi un fotógrafo que me enfocaba su aparato. Por lo general, no se retrata a un turista de espaldas, cuando se le quieren vender fotos. ¿No es cierto?

Apretó los dedos y el fotógrafo hizo una mueca.

—Contesta, mataperros... ¿Es que les presentas a los turistas una hermosa foto de sus posteriores? ¡Contesta!

—No...

—Estamos de acuerdo. Por esto me sorprendí. Me volví. ¿Y qué es lo que veo?

Con la otra mano retorció la nariz del fotógrafo que gimíó ahogadamente.

—A éste, poniendo cara de odio. No me lo pensé más, y mientras me echaba cuerpo a tierra, me acordé del sitio donde había visto por vez primera este hocico.

Con ambas manos rodeó el cuello del individuo.

—En aquella ocasión te quedaste sin sentido.

Volvió la cabeza hacia Belinda:

—Te presento al pistolero del CIA. Era él quien, en la granja, debía encargarse de la conservación de la cinta magnética... No tuviste suerte, compadre. ¿Te echaron? Asintió el exagente.

—¿Y cómo diste conmigo?

—Sigo teniendo amigos en la Central.

—Y te dijeron: «Tu amigo se pasea por tal sitio. Ahí tienes la ocasión de la revancha». ¿Eso es?

—Eso es.

—¿Era curare?

—No. Cianuro.

—¿Y el aparato?

—Me lo fabriqué hace algún tiempo para una misión.

—Me eché a tierra y fue el pobre canelo el que recibió la aguja.

—Había dos agujas.

—Vaya... Como en las cacerías: a doble cañón. ¿Quién te envió?

—Nadie.

—Voy a enfadarme, tú.

—Te enfades o no, la verdad no cambiará. Si hubiese tenido éxito en mi iniciativa particular, nadie te habría llorado y tal vez me habrían devuelto al trabajo. Se han formado dos clanes en el CIA: unos piensan que lo mejor era liquidarte lo antes posible, ya que fuiste testigo de un acontecimiento que no necesita publicidad.

—Es lógico.

—Pero otros opinan distinto. Piensan que un día lograrían coaccionarte de algún modo para hacerte contar la historia de otro modo. Por ejemplo, habrías reconocido que todo lo habías trucado, elaborado... Pero fueron los rusos los que encontraron primero. Resultado: triunfan los que aseguraban que muerto estabas mucho mejor que vivo. ¿A los rusos les cantaste algo?

—¿Y qué te importa?

—Ahora, nada, ni un rábano. Ya no pinto nada, pera por curiosidad personal, como humano raso.

Martel abrió las manos, soltando el cuello del exagente. Tuvo un gesto torpe. Palmoteo el hombro de su antiguo rival.

—No creo haber cantado nada.

—Pero no estás seguro. Es lo que pasa a veces. ¿No intentaron hacerte confesar que era un trucaje?

—No. Ante todo lo que querían era meterle mano al documental. Es a ellos a quienes más inquieta. Su lucha sorda con los chinos es cien veces más implacable que la que existe entre los americanos y sus aliados occidentales.

Tendió Martel un cigarrillo al americano.

—¿Cómo te llamas, compadre?

—Heinz Muller.

—¡Caramba! Suena a alemán de lleno. Te suponía yanqui.

—Soy yanqui, nacionalizado. Vine a los Estados a mis treinta años.

—De veras siento que no tuvieras más suerte, Heinz.

Rió Muller sin la menor jovialidad. Acremente.

—Que lo sientas no me devolverá el empleo. Pagaban bien.

—En nuestra amable profesión es difícil pensar en el bienestar y confort del otro, del que está enfrente.

En la entrada del pasaje apareció un individuo. Era alto y de musculosa flacura. Cuarentón, pero sólido, con un porte que no lo debía a permanencias en despachos.

Acercándose preguntó:

—¿Interesante vuestra conversación?

—Alto. No avances más, tú —advirtió Martel.

Se había alejado dos pasos. Afectaba una peligrosa indolencia. El recién llegado sonrió.

—La fiera al acecho. Conozco la estampa. Es un esfuerzo inútil...

Tendía la diestra abierta a Martel.

—Me llamo Leonard. CIA.

Dedicó una seca inclinación de cabeza a Belinda.

Y a su vez le dio una palmada en el hombro a Heinz Muller.

—Realmente, tienes la negra, Heinz. Apuntas a una montaña de noventa kilos y te cargas un chucho que no te había hecho nada. Lárgate, anda.

El rostro de Muller expresaba desesperación. Agregó Leonard:

—Telefonéame mañana. Trataré de obtener un buen trabajo. Pero normal y por Europa. ¿De acuerdo?

Muller asintió y dando media vuelta desapareció por la avenida. Comentó Leonard:

—Es un gafe, con mala pata. No hacía ni un mes que había ingresado en la agencia cuando lo enviaron a Corea solamente para sacar fotos desde un avión en rasante. El aparato fue volado en el aire. Heinz se tiró en paracaídas. Lo hicieron prisionero los coreanos del norte. Nos lo devolvieron por intercambio. Luego, tuvo un par de golpes buenos, hasta que llegaste tú... Lo expulsaron. A nuestro director le horripilan los que no tienen la chapa de chamba colgada al cuello siempre.

Galantemente cedió el paso a Belinda. Tocó en el codo a Martel:

—Me gustaría mucho tener una charla contigo, colega.

—¿Colega de qué?

—¿Es que no somos aliados? —rió Leonard.

—El humorismo es lo único que hace soportable eso que llaman vivir. Podemos charlar, Leo.

—Y con la señora o señorita.

—Ambas cosas —sonrió ella—. Soy viuda.

—Mi pésame más profundo para el difunto. Morirse teniéndola a usted por esposa es lo más estúpido e imperdonable que pueda hacer un hombre.

Estaban ya en la avenida. Manifestó Belinda:

—Soy viuda blanca. Yo era modelo. Un inglés multimillonario vio mi foto. Tenía ochenta años. Me ofreció casarse por poderes. Acepté. Cuando llegué a su palacio en la campiña, quiso apresurarse en bajar las escaleras para recibirme. Le falló la silla de ruedas y se mató.

—Vaya torpeza... ¿Y de sus millones qué?

—Me cansé de abrir hoyos por toda la propiedad. Eran demasiadas hectáreas.

Campechano, rió Leonard.

—La historieta era un «cómic» nuestro. Una IBM que no falla arrojó una ficha sobre la señorita Belinda Delorme Morelval, soltera, inconquistable, superinteligente. ¿Puedo invitarla así como a Mart a comer? En un restaurante francés, no se alarmen.

Instalados en uno de los comedores reservados del Chez Antoine, hicieron primero honor a la exquisita carta. A media comida, comentó Leonard:

—Perdí tiempo en reunirme con vosotros porque tuve que pagar el precio del chuchito de raza. El propietario no puede comprender por qué el Ayuntamiento deseaba reembolsarle un perro asesinado por un innoble individuo. En este caso, tú, Mart. Solamente te vio a ti.

Bebió un sorbo de Chablis y añadió:

—Soy muy charlatán. Me leí la copia de los interrogatorios de Mike, del barman, de Susan. La deducción era fácil. No has recuperado el film ni la banda. ¿Me equivoqué?

—Tú sabrás —masticó Martel.

—No, no recuperó nada —indicó Belinda.

—Me reí mucho con algunos colegas del CIA. Eso de conseguir el

golpe más precioso del siglo, a solas, como un genio, birlando el documento más comprometedor de la época, y extraviarlo... confiesa que es algo también único.

—Eso demuestra que soy único.

—O que existe una justicia. América gasta en la CIA el equivalente al presupuesto nacional francés. Rusia, igual. No pensarás que tú, a solas ibas a demoler esas columnas. Sansón, eso es de la Biblia. Y es un libro que no volveré a leer, a menos que llegue a viejo. Porque es el único libro que creo vale la pena leer.

Preguntó Belinda:

—¿Nos hizo venir a comer con usted para hablarnos de su vida futura?

—De una vida futura, sí, como tema grave. Pasemos al presente. Los dos han entrado clandestinamente en América para tratar de recuperar film y cinta sonora.

Les indico que la entrada clandestina tiene penalidad de uno a cinco años de cárcel. Pero no somos mezquinos. Olvidaremos. Bien... Llegan los dos y comprueban que el material no está en el lugar donde pensaban hallarlo. Es tanto más desagradable cuanto que no tienen otra pista, salvo Méjico capital, donde cuentan dirigirse, según me notificaron en la TWA. ¿Exacto?

—Exacto.

—Entre todas las posibilidades que hemos estudiado, la única que los ordenadores y computadores no resolvieron, fue la de tu «melopea» cosaca, Mart. Parece que para las máquinas, la ciencia dipsómana es un elemento humano todavía desconocido. O bien se hallan desconcertados por el hecho de que en su universo de monstruosa lógica, exista un ser humano que habiendo realizado una hazaña prodigiosa, lo celebre emborrachándose. Las máquinas ordenadoras son seres muy morales.

—Ya cambiarán si las seguís perfeccionando —afirmó Martel.

—¿Qué saben tus excompatriotas? Me refiero a los ruski.

—No saben nada.

—¿No les dijiste que estabas un poco chiflado?

—Me enorgullezco de ello, pero no lo pregono. Soy modesto.

—¿Pero no se dieron cuenta?

—Es que ellos también trabajan con computadores y ordenadores.

Leonard parecía preocupado ahora. Dijo:

—Me temo que sus máquinas estén más adelantadas que las nuestras en el conocimiento del ser humano. Esos ruski son raros...

—A juzgar por los procedimientos que emplearon conmigo para obtener informaciones, no temas nada, yanqui.

El americano pareció ahora recobrar su satisfacción.

—Por consiguiente, se hallan en el mismo punto que nosotros. Te han dejado en libertad para que les conduzcas al escondite. Y entonces te caerán encima. No serán los únicos. En el mismo momento en que metas la mano encima del condenado film sonoro, brotará de la tierra o lloverá del cielo una manada de agentes secretos. Y la trifulca será general. Todos como sabuesos disputándose un bocado.

—Es bastante posible.

—Y persistes en consagrar lo que te queda de vida en esta búsqueda.

—Sí. Me pagan para esto.

—Pero te pagan poco.

—Es culpa de papá. Cuando nos fuimos de Rusia, en vez de ir a Francia, debió embarcar para los Estados tuyos. A lo mejor, algún jefe del CIA me habría hecho ofertas.

—Claro que sí, hombre. Y nunca es tarde para enmendar errores. Belinda irguió la cabeza:

—Su charla se hace interesante, señor Leonard.

—Y eso que no hago más que empezar, señorita Delorme. Supongamos que no encuentres nada, Mart, y que no puedas recordar qué hiciste con tu botín. ¿Quién puede guardarte rencor por esta menudencia? Y sin aguardar respuesta, añadió: —Después de todo, nadie puede exigirte que encuentres este rollito de hilo charlatán extraviado en algún sitio. Conformes... Habrías hecho mejor en no perderlo. Pero resumiendo ganaste el primer asalto, perdiste el segundo. ¿Para qué iniciar el tercero? Combate nulo. Es lo mejor. Puedo proporcionarte un medio agradable de ganar el tercer asalto. ¿Qué te parecen diez mil dólares por mes?

—¡*Retovarich!* Diez veces lo que me paga el SDECE.

El americano tuvo una risita desdeñosa.

—No me dices nada nuevo. Si aceptas esta paga mensual, te la abonaremos para no hacer nada. Cuando digo no hacer nada, es

exactamente lo que te pediremos que hagas. Nada. ¿Comprendes?

—Perfectamente.

Se dirigió Leonard a Belinda:

—Conozco miles de sitios donde por la mitad de esta mensualidad, vivirían los dos mejor que Jackie y Onassis. Por lo menos, olvidados, tranquilos. Y sin trabajar, lo cual vale el doble o el triple.

Silabeó Martel:

—¿Y si me niego?

Leonard miró con expresión golosa la mesita rodante que soportaba enormes pasteles de cremas multicolores. Dijo:

—Yo adoro estas porquerías tan dulces.

Rellenó su plato de nata, chocolate, ciruelas prensadas, jugo de limón, guindas y jarabe de grosella. Chasqueó la lengua y dijo:

—Si te niegas, tendremos que elegir entre dos soluciones: primera, liquidarte, suprimirte, barrerte del globo...

—Es lo que ya intentó hacer Heinz Muller.

—Iniciativa individual... Por esto falló. Nuestro servicio III A, o si lo prefieres, Acción Triple, falla una de cada diez. El individuo que nos molesta desaparece a la hora y lugar fijados por el director de dicha sección.

—En París, hay un coronel que me reserva la misma suerte.

Terminando de deglutir cien gramos de nata, decretó Leonard:

—Has de escoger, hombre. Tienes enemigos fuertes. Reflexionas, calculas y te pones a favor de aquellos que te producen más temor.

—Me parece muy razonable.

—Bien. Entonces, aceptas enrolarte en mi panda.

—Lo malo, es que no soy razonable. Voy a darte una prueba: hago turismo, teniendo un par de millones de dólares en el bolsillo.

—No seas exagerado, Mart.

—Gregor Vorodin, que así se llama el que charló conmigo cerca de un par de meses, me ofreció uno.

—¿Y no lo agarraste? —Se atragantó Leonard asombrado.

—Demasiado dinero. Me iba a costar mucho trabajo gastarlo. O a lo mejor me daba por ahorrarlo, y estaba, ya perdido. Perdida mi libertad.

—Cometiste un error. Hoy tal vez tu filmlet sonoro valga bastante. Antes de unos meses, no valdrá nada. Si lo recuperas, y si

logras entregarlo al Gobierno francés, ¿qué pasará? Un coro ruso-americano se elevará inmediatamente y nunca el mundo habrá oído una serenata más melodiosa. Tema básico: una cinta, puede cortarse, retocarse, fabricarse. Un film también.

—Pero las dos cosas juntas, imposible.

—De acuerdo, de acuerdo. No nos creerán. Pero sembraremos la duda. Pasarán los días. Ya habrá algún rincón del mundo donde las cosas se pongan calientes, y entonces olvidarán el «flirteo» ruso-yanqui. Hasta si es preciso, haremos ver que estamos muy enfadados el uno contra el otro: ruski acusa a yanqui, yanqui acusa a ruski. Y los franceses podréis proyectar la película todas las noches por televisión. Nadie hará ni caso.

—Por consiguiente —intervino Belinda— si hoy todavía vale millones, haríamos un mal negocio aceptando su oferta, señor Leonard. Al cabo de diez meses, Mart y yo solamente habríamos cobrado diez mil dólares.

—Dije diez mil, pero podríamos revisar la cifra. ¿Conocen las Bahamas?

Empezó a describir el encanto de las islas. Pasó luego a Hawai y a determinadas islas del Pacífico, realmente paradisíacas. Resoplando, concluyó:

—Y pensar que nunca podré conocer estos paraísos terrenales que os estoy ofreciendo en bandeja. Pero vais a Méjico, ¿no?

—Sí —dijo Belinda.

—Entonces vayan a Acapulco. Y mediten, mediten.

—Prometido —dijo Martel.

Alzó Leonard sonriente la mano abierta, presentando la palma:

—Pero no olvidéis, día y noche, que la CIA os protege muy atentamente. Sois dos VIP [2].

En el momento que se despedían ante el restaurante, Martel cogió por un codo a Leonard:

—¿Tienes datos sobre el colega que suprimió a Janine?

—Un yugoslavo.

—¿Dónde está?

—Por los Estados nuestros.

—¿No lo habéis detenido?

—Estás loco, hombre. Hemos localizado un agente yugoslavo, y puedo decirte que es pájaro raro en nuestra cosecha, ¿y no íbamos a

protegerlo con gran afecto?

—¿Cómo descubrió a Janine?

—Por pura casualidad. En uno de los bares vecinos trabaja un yugoslavo emigrado. Vio pasar a Janine con tu cartera negra. Le extrañó. Janine no era de las que transportaban carteras de hombres de negocios. Habló de ello con su compatriota tres o cuatro días después...

Martel respiró aliviado, y estrechó la diestra de Leonard con una cordialidad que asombró al americano.

Cuando estuvo a solas con Belinda, dijo Martel:

—No fui yo quien reveló nada de Janine. Ya lo oíste. Me hubiese reventado mucho, porque ella, ella era una chica normal.

—¿Y yo no lo soy, no?

—Podrías serlo, pero elegiste la emoción, la aventura y demás estimulantes vitales que conducen a la muerte juvenil. La de los elegidos de los dioses. Aunque a veces... Creo que son más inteligentes las mujeres que escogen servir en secreto a un marido complacido.

La extrañó a Belinda pensar de pronto que posiblemente bajo su coraza de matón escéptico, Boris Martel podía ocultar a un gran romántico.

Todo era posible en aquel endiablado mundo doblemente loco de los servicios secretos.

## CAPÍTULO VII

La inmensa calle se perdía rápidamente en una masa confusa de sombras y fluorescentes. En el primer bar la calle, dijo Martel:

—Aquí empecé mi noche.

Pinchó una gamba a la plancha del plato de tapas que tenían delante. Hizo un gesto con el índice, y el camarero paseó sobre los vasos de Martel y Belinda un frasco de vino rosado. Con tal rapidez que a Belinda pareció que el vino había llenado las copas por arte magia.

—Se bebe pronto y es ligero —afirmó Martel.

Pagaron y saliendo pasaron al bar contiguo.

—Aquí no hay nada que me recuerde nada.

Fue en el local noveno, una tasca amplia, donde sonó el «clic». Martel se plantó en el umbral y declaró:

—Éste es.

El local se parecía tanto a los demás que Belinda trató de adivinar dónde estaba la diferencia.

—¿Lo reconoces por el nivel de vino ingerido, Mart?

—Más o menos.

Entraron. Martel olfateaba, pero el olor no correspondía a sus recuerdos sensoriales. Fue sin embargo al mostrador, seguido por Belinda. Paladearon mejillones con salsa picante. El dueño miraba a Martel con curiosidad.

—¿Se acuerda de mí, patrón?

El mejicano, rostro lunar, bigotillo, ostentó un rictus.

—Un poco. Su acento es original y su figura también.

—Yo estuve por aquí harás más de dos meses.

—En el barrio, hubiera sido difícil no darse cuenta.

—¿Formé algún alboroto?

—Aquí, no. Pero en la cantina de Fefe, sí.

—¿Hubo mucho destrozo? —indagó Belinda.

—Un poco...

—Viene a pagar la cuenta —dijo ella.

El mejicano rió amistosamente.

—Hizo el viaje en vano. Ya pagó.

Al salir, dijo Martel:

—¿Ves tú? Dejo siempre buen recuerdo por donde paso.

La cantina de Fefe, estaba dos puertas más allá. Nada la distinguía de los locales vecinos. Una gran sala rectangular, mostrador en herradura, y un grupo de hombres que discutían con tal animación que podía pensarse estaban enzarzados en una sombría controversia política.

Una pizarra indicaba el tema que les apasionaba: el campeonato de fútbol.

Martel y Belinda se deslizaron hacia los últimos espacios libres. Un individuo de pantalón gris, camisa roja, y sandalias de cáñamo se aproximó. Un destello de asombro iluminó sus negros ojos al ver a Martel. Pero desapareció la expresión y acercándose, dijo:

—Yo soy Fefe. ¿Qué tomarán?

—Tequila.

En el centro de la hilera del mostrador, una cabeza se movilizó. Solamente se dio cuenta Belinda. Un mozo de unos veintitrés años, de pantalón tejano, botas, chaqueta negra de piel, cinto claveteado, había estado mirando insistentemente a Martel. Ahora salía a la calle.

Belinda comprendió que habían llegado al bar adecuado. Bastaba esperar pacientemente. El espectáculo no tardaría en comenzar. Preguntó:

—¿Qué tal es la tequila, Mart?

—Alcohol blanco extraído de caña de azúcar. Claro que tomado después del vino rosado, podría hacerte a ti el efecto de una llamarada de napalm.

Belinda lo comprobó al primer sorbo. Se limitó a mojarse los labios. Miró cómo Martel colocaba sal en la unión del pulgar, chupaba, vaciaba el vaso de un trago, y masticaba la rodajita de limón. Anunció Martel:

—Esto resucita a una momia faraónica.

Fue en aquel momento cuando aparecieron las tres siluetas. El muchacho que había salido y dos muy parecidos a él, recios de

hombros, delgados, de movimientos elásticos.

Uno de ellos, iba algo adelantado. Era el más alto. Los tres al irse aproximando felinamente a Martel, hicieron el mismo ademán. Abrir el puño derecho un poco, para presionar el muelle.

Surgió la hoja de acero del cuchillo.

Martel les vio cuando distaban cuatro pasos. Sonrió:

—Ya sabía yo que iba por el buen camino.

Avanzó un paso y se encontró a un metro del *beatnik* mejicano que le preguntaba con rictus rencoroso:

—Dime otra vez que soy un gandul de cabellos demasiado largos.

—Lo de largos me da igual. Que seas un gandul, allá tú. Pero es que no te lavas nunca la pelambarrera, chico. Eres un greñudo guarro.

El mejicano proyectó la diestra armada. Y cuando parecía que iba a hincar el cuchillo, se inclinó a la izquierda y tajó lateralmente.

Martel quedó en contrapié, ofrecido el torso al adversario. Pero tuvo un reflejo salvador. Inclinarse bruscamente, agarrando por detrás las rodillas del mejicano. El cuchillo silbó en el aire en tajo fulgurante.

Los dos rivales rodaban por el suelo, enzarzados en mutuos agarrones estratégicos.

Los concurrentes se habían apartado. Nadie hacía el menor ademán para separar a los contendientes.

Fefe puso su mano en el antebrazo de Belinda.

—Déjeles, señora. Es una revancha.

Un segundo adversario se lanzaba en zambullida hacia Martel. Fue rechazado por un taconazo. Un cuchillo voló por los aires, y vino a caer deslizándose hasta los pies de Belinda. Ella lo recogió. Era un arma bonita. De acero reluciente. Fefe explicaba benévolo:

—La última vez, Curro, que es el que está enzarzado con su amigo de usted, se puso un poco gamberro. Cosas de la juventud y la tequila. Su amigo de usted le dejó un poco aturdido. Tres días en cama. Pero Curro estaba solo entonces y no había peleado a fondo. Desde entonces ha hecho muchos progresos.

Hablaba sin apartar la vista del combate. Agregó:

—Si la policía cumple con su deber y tarda en llegar, puede verse un excelente combate, vaya que sí.

Martel acababa de aplastar la nariz del tercer atacante

aplicándole un cabezazo. Al mismo tiempo retorció la muñeca de Curro para obligarle a soltar el cuchillo, pero su rival resistía valientemente.

El que había perdido el cuchillo se levantaba tambaleándose y al verlo en las manos de Belinda que se acercaba, reclamó:

—Tú, morena, dame lo mío.

—Con mucho gusto —sonrió ella.

El *beatnik* tendió la mano. Y lanzó un grito dolorido. Contemplaba su palma. Estaba marcada con dos rayas rojas en aspa. Y Belinda decía afablemente:

—Nunca debes coger un cuchillo por la hoja.

El patrón rió contento. Aconsejó:

—Benito, creo que será mejor que se lo regales a la señora. ¿No viste que es una señora, guanajo? Y de armas tomar... Es preferible que trates de ayudar a Curro.

Curro se hallaba en dificultades. Había perdido también su cuchillo y Martel le sometía a los efectos sofocantes de una llave de cierre con el antebrazo izquierdo bajo la nuez.

Benito se aproximó cauteloso. No pudo ver el repentino manotazo que lateralmente, de revés, le asestaba Martel, enviándole a varios metros de distancia, donde derribó una mesa, antes de chocar contra el tabique.

En el amplio cerco de espectadores se produjo un ahuecamiento. Apareció una mujer, cuarentona, robusta, de largo cabello negro trenzado, vestida de larga falda negra y camisa blanca con flores estampadas. Aclaró Fefe para Belinda:

—Es la mamá de Curro.

La mamá de Curro no perdió el tiempo. Cogió un taburete, lo levantó y lo estrelló en la cabeza de Martel. El cual solamente pudo expresar mucho asombro antes de desmadejarse sobre Curro que tampoco parecía ya muy enterado de lo que sucedía.

La mujer tiró de los tobillos a Curro para desprenderle del peso que tenía encima. Se inclinó y le aplicó dos sonoras bofetadas. Curro abrió los ojos, disponiéndose a pegar a su vez.

Al reconocer a su madre, pestañeó asustado. Declaró con voz pastosa:

—Empezó el otro.

Ella le ayudó a ponerse en pie. Cogióndole por el largo cabello y

el cuello de la chaqueta de piel negra.

—Ya es hora de estar en tu casa, niño.

Y salió llevando casi a rastras a Curro, seguida por los dos amigos.

Fefe contempló al inerte Martel y opinó:

—Señora, creo que tendré que ayudarla a transportar a su marido.

## CAPÍTULO VIII

Cuando Martel se despertó, su primera sensación fue la de un intenso dolor en todo el cráneo. Logró sentarse en la cama, y solamente entonces abrió los ojos.

Vio una habitación iluminada por un amplio balcón cuya cristalera transparentaba cielo y océano. En la terraza Belinda se extendía en una tumbona, bronceándose. La llamó, y su propia voz le hizo daño en el cráneo. Preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En Acapulco.

—¿Cómo vine aquí?

—Te transporté en coche y hay siempre amables ayudantes para llevarle un fardo a una dama.

—¿Acapulco? Aquí nos quería ver Leonard.

—Exacto. Está en este mismo hotel.

—¿Y por qué?

—Espera el momento en que podrás hablarte de nuevo.

Martel intentó levantarse. Hizo una mueca.

—Debe ser la tequila. Es un alcohol que debe tomarse desde niño.

Belinda asintió. Parecía que su acompañante hubiese perdido todo recuerdo de Curro y su mamá. Añadió Martel:

—No debí buscar camorra.

—Es verdad. Sobre todo hace dos meses y pico.

Martel se acariciaba pensativo la cabeza.

—El alcohol desencadena a veces la bestia que llevamos dentro.

—Te hago saber que anteayer...

—¿Anteayer?

—Te dieron unos puntos de sutura y te inyecté sedantes. Duermes desde anteayer. Sin la intervención de la madre, hubieses estrangulado un *beatnik* mejicano.

—¿La madre?

—La madre del muchacho. Llegó y te dejó fuera de combate de un silletazo.

—¡Magnífico! Nada igual al cariño materno.

Y pareció tranquilizado al volverse a pasar la mano por el cráneo.

—No era la tequila, entonces.

—¿Sigues interesándote el destino de tu cartera?

—Claro que sí, mujer.

—La tenías cuando llegaste a la cantina de Fefe. La apretabas amorosamente bajo el brazo. Mientras peleabas, la entregaste a Fefe que te la devolvió. Por consiguiente, te marchaste con la cartera... Y parece ser que tu paso por Méjico solamente haya quedado marcado por una trifulca con unos *beatnik* locales. Es casi vergonzoso, Mart.

—Sí. No creo que ningún manual de espionaje recomiende esta técnica.

Puso pie a tierra, tambaleante.

—La madre golpeó muy fuerte.

—Estabas estrangulando a su niño...

—... Que quiso abrirme en canal.

Ella cogió el teléfono de la mesita.

—¿Quieres ver a Leonard?

Martel se examinaba el desnudo torso que mostraba contusiones.

—No hay inconveniente.

Solicitó ella conexión con la habitación del americano.

Martel se estrujaba a puñados los músculos del pecho. Eran firmes. También los de estómago y abdomen. Por entre sus pestañas entornadas, contemplaba Belinda aquel prodigio de anatomía. Noventa kilos aproximadamente de fibra musculosa, sin un átomo de grasa.

—Ya viene Leonard.

Martel se pasaba agua por la cara. Tenía cercos azules bajo los ojos.

—Tenía el temor de que ya no podía soportar un poco de alcohol variado. Pero ya que se trató de la intervención de una madre mejicana, me encuentro tranquilizado.

Belinda le tendió un batín de seda azul con solapas rojas.

—Te lo compré ayer. Regalo de la casa. Para que no la olvides.

—¿Cuál casa?

—La nuestra. El SDECE.

Frank Leonard entró tras un breve golpe en la puerta. El agente del CIA vestía un «bermuda» y una camisa con tiburones y sirenas multicolores. Dijo Martel:

—Estás de lo más precioso, Leo.

Arrellanándose en una mecedora de mimbre, indagó Leonard:

—¿Te gusta el paisaje?

—Mucho.

—Nada te impide quedarte. Tanto más que tenemos a un conocido que acaba de llegar.

—¿Quién?

—Gregor Vorodin.

Martel emitió un silbido.

—Debe estar encantado. Adora el lujo.

—Ha escogido la mejor habitación. Ha encontrado una mejicana que le entusiasma. Me ha confesado que el «caso Martel» le estaba proporcionando la gran vida. No me quejo yo tampoco. ¿Has meditado en mi oferta, Mart?

—Claro que sí.

—Inútil decirte que estamos al corriente de tu altercado con tres *hippies*.

—No eran *hippies*. A mí me gustan esos chicos que sólo aspiran al amor, a la paz, a la fraternidad. Yo soy *hippie*, ¿sabes?

El comentario de Martel hizo retorcerse de risa al agente americano.

Pero Belinda era más penetrante. Empezaba a sospechar que además de romántico, Boris Martel era un pacifista. Dijo Leonard:

—No dejaban de ser tres muchachos pendencieros. Tabernarios.

—Pero que ansiaban rajarme en canal.

—Deberías pensar en serio en reposar largo tiempo. Una especie de jubilación en plena juventud y fuerza. Puedes.

Con el brazo hizo un gesto amplio abarcando habitación y paisaje.

—Podrías quedarte aquí o en lugar parecido, Copacabana, Punta del Este, todo un año. Fíjate bien en el paisaje de paz.

Martel salió a la terraza. Vio el océano, una playa de ensueño, palmeras, matas de flores rutilantes, y abajo una gran piscina en

torno a la cual, la élite internacional de ociosos, se bronceaba tomando aperitivos. Reconoció:

—No está mal.

Leonard se levantó:

—Almorzaremos los cuatro.

—¿Cuatro?

El americano señaló con su «Camel» a Belinda:

—La señorita Delorme, tú, yo y Vorodin. He reservado una mesa bien colocada. Tenemos muchas cosas sobre las que discutir.

El almuerzo fue agradable. El restaurante del hotel daba frente al mar.

Una de las salas se hallaba en una terraza cerrada por palmeras que no dejaban pasar el sol, pero permitían filtrarse la brisa y todos los aromas de los jardines contiguos.

Vorodin demostró ser un comensal entretenido. Escuchó con gran interés el relato de Martel describiendo sus experiencias en la Loubianka. Estuvieron de acuerdo en que lo más penoso eran las drogas.

Aunque volvían a ponerse de moda las torturas anticuadas, después de una breve etapa de eclipse debida a las ilusiones de algunos humanistas bien intencionados, pero carentes de fuerza para imponer sus ideas.

Leonard reconoció haber trabado contacto con aquellas molestias en Cuba, aunque fue un adversario declarado de Batista. Pero se había enfadado contra Fidel el día en que comprobó que el nuevo régimen utilizaba las mismas salas de tortura que el precedente. Concluyó:

—Por lo menos hubiesen podido construir otras nuevas.

Vorodin había pasado cuatro meses en una celda holandesa. Aseguraba que un día le habían tendido en un potro que databa de la época de la Inquisición. Intervino Belinda.

—A mí fue en El Cairo. Me colocaron en un potro, desnuda, boca abajo.

Los tres comensales cerraron los ojos haciendo funcionar sus imaginaciones. Dijo Vorodin:

—Sabroso.

Pero como a la vez chupaba el contenido de una pata de langosta, era difícil saber si su comentario se relacionaba con la

visión de Belinda torturada.

Abordaron a continuación el tema que importaba. Leonard bajó la voz, porque a dos mesas de distancia se hallaba una pareja. Una morena de rostro oriental, voluptuoso, y un larguirucho de negros ojos.

Susurró Leonard:

—Pertenecen al servicio secreto de Nasser. Bien, Mart... Sigue en pie la oferta. Diez mil por mes te ofrece mi Gobierno.

—El mío también —puntualizó Vorodin.

Sonrió Leonard:

—Por una vez coinciden nuestros intereses, camarada Gregor. Durante un año, las autoridades americanas y rusas no desean que el contenido del documental, Martel, sea divulgado. Por consiguiente, unimos nuestros esfuerzos en este sentido. Le dio una palmada en el hombro a Martel.

—En definitiva, habrás trabajado en favor de la paz.

—Ojalá fuera así. Pero oye, tú, Gregor... En Moscú me ofreciste un millón «cash».

—Nunca lo hubieras podido gastar.

—¿Por qué no?

—Entre el momento en que nos hubieses remitido los documentos y aquél en que hubieses palpado los billetes, habrías pasado muy malos momentos. No, no creo que hubieras sobrevivido. No tenías casi la menor probabilidad.

—¿Y ahora, sí?

—Ahora tienes algunas más.

Relevó Leonard a Martel:

—Hemos comprobado una cosa evidente: flotas. ¿Por qué? No lo sabemos. Pero hay algo que no funciona en tus exploraciones. Te animamos todo lo posible para que no te empeñes en tu búsqueda. Pero estamos obligados a prever el caso en que tu aparente despiste sea un truco para engañarnos. Por lo tanto, te hayas en una situación excelente. Nos llevas dominados. Nos rendimos. Pagamos al contado. Confiesa que somos buenas personas.

Remachó Vorodin:

—¿Dónde vas a estar mejor que aquí, Boris?

—Además, te beneficias de la protección de la CIA —recalcó Leonard.

—Y la vas a necesitar —afirmó Vorodin convencido.

—¿Quieres que te enumere los turistas que han acudido a este hotel desde que llegaste? Primero, un tal Carlos Chang que afirma es tahitiano. Pero viene de Pekín.

—Está también Zarect, observador distinguido del servicio checo.

—Y Maldonado, cubano.

—También te contempla un soberbio negro, Grant Cyr, que trabaja para el grupo Black Power [3].

—No olvidemos al albanés Turiano.

—Sin mencionar algunos agentes israelitas.

Belinda intervino amablemente:

—Este diálogo es muy ameno, señores.

—Instructivo y educativo, señorita —afirmó Leonard—. Debo señalar también una evidencia peligrosa: todos estos agentes no han cumplido los treinta años. Con ellos se podría organizar una olimpiada de deportes crueles, tales como el karate. Vorodin y yo hemos deducido que están encargados de seguirte hasta el momento en que halles tu *filmet*. Entonces, se abatirán todos encima de ti y una cosa es más que cierta: serás uno de los muertos de tal batalla. ¿Quién la ganará al final? No lo sé. Tenemos también muchachos nuestros, dispuestos a intervenir, y que no son torpes. Les dejaré que funcionen, aunque de veras llore, muy adentro de mí, tu muerte y la de Belinda.

Agitó Martel la cucharilla con la que estaba deglutiendo un triple helado de tutti-frutti.

—En definitiva, he de elegir entre vivir con lujo o morir neciamente.

—Has resumido perfectamente la situación, Mart.

La mirada de Martel se inmovilizó. Observaba a un recién llegado.

—Habéis olvidado mencionarme otro huésped.

Volvió Leonard la cabeza. Y dijo:

—Es verdad. Lo olvidé. Se trata de Krodislav, yugoslavo.

—Es el que más me interesa.

—¿Por qué, Boris? —quiso saber Vorodin.

—Asunto muy personal, estrictamente íntimo.

El yugoslavo buscaba mesa. Al distar unos cinco metros, pudo

Martel distinguir la cicatriz delatadora. Silabeó Leonard:

—Sí. El de Janine.

Comentó Belinda:

—Es posible que en París se extrañen un poco por nuestra inactividad.

—Nadie les impide que busquen —dijo Vorodin—. Solamente les pedimos que no encuentren.

El pensamiento que acababa de ocurrírsele a Leonard le maravilló.

—Eres un fenómeno, Mart. Haces fortuna con un fracaso. Créeme... Éste es el ensueño del noventa por cien de los hombres.

—¿Cuándo abonan los dólares? —inquirió Belinda, dulcemente.

A Leonard la pregunta positiva pareció encantarle.

—Durante la siesta, alguien llamará a vuestra puerta. Les tenderán un sobre. Contendrá los diez mil primeros dólares.

—Me parece correcto y formal —aprobó Belinda.

La habitación estaba separada por una cortina floreada que corría de pared a pared... En cada separación dormían la siesta Belinda y Martel. Éste resistía la tentación. Comprobaba extrañado que a cada intento varonil, la que parecía dormir, le encañonaba de pronto con una deliciosa pistolita. Cargada.

Repitió el intento y se halló nuevamente encañonado. Deteniendo su acometida, dijo:

—No dispararías, Linda.

—Prueba a ver.

—Pero, muchacha, ¿qué mal hay en unos besitos?

—No soy una aventura. Cuando ame a un hombre, abandonaré mi profesión para casarme. Tú naciste para soltero y joven difunto.

Regresó Martel a su cama. Cuando llamaron a la puerta, fue a abrir. Una mano tendía un sobre por la abertura del batiente. Y desapareció.

Asomándose, Martel solamente vio una silueta atlética desapareciendo en una de las ramificaciones del corredor. Apartó la cortina y abrió el sobre. Estaba repleto de billetes de cien dólares. Miró algunos al trasluz.

—Legítimos del Tío Sam.

Los esparció sobre la sábana que moldeaba a Belinda, la cual cogió un fajo para formar una especie de abanico de naipes.

—Me gusta ganar dinero así, Mart. Te pagan para no encontrar un objeto que has perdido. Ahora bien, no tienes la menor idea del lugar donde se encuentra. ¿Qué más puedes pedir?

—El fastidio es que el coronel Egmont se enojará.

—Debes resignarte a la idea. Vas a llevar vida de naviero griego gracias a tu descomunal borrachera cosaca. No es moral, pero no lo puedes impedir.

—¿Qué diablos pude hacer con mi cartera?

—Lo que importa es comprobar si Vorodin abona su cuota gubernamental.

—¿Ése? Ése no suelta ni un rublo viejo.

—Creo que te equivocas, Mart.

Llamaban en la puerta. Discretamente. Martel fue a recoger su automática. Se adhirió contra la pared a la derecha de la puerta. Preguntó:

—¿Quién llama?

—Vorodin.

—Voy a abrir. Contarás hasta tres. Y te colocarás las dos manos entrelazadas sobre la cabeza. Darás dos pasos y te pararás. Luego cerrarás la puerta con el tacón. ¿De acuerdo?

—Tú mandas, muchacho.

Martel manipuló en los cerrojos. Retrocediendo, encañonando la puerta, fue a agazaparse tras el sillón.

Gregor Vorodin apareció en la posición ordenada. Sonreía divertido.

—Parece que no tienes confianza en nadie.

—Así es.

—Inconvenientes de la codicia —y Vorodin cerró la puerta con el tacón.

—Ya puedes bajar las manos, Greg.

Al avanzar Vorodin sacó un sobre del bolsillo. Cogiéndolo, lo abrió Martel. Hizo resbalar las esquinas de billetes en abaniqueo.

—Aquí falta dinero, Greg.

—Hay tres mil dólares. He conservado los otros siete.

—¿Por qué?

—Mi comisión. —Y sentándose, añadió—: Ha llegado el momento de revelarte ciertas cosas que te apenarán, Mart.

Encendió un cigarrillo.

—Cuando fuiste detenido en Cuba, llegué casi de inmediato. Estabas espantosamente embebido con toda clase de alcoholes. Soltabas incoherencias. Te escuché con gran paciencia. Lo único que repetías constantemente y que tuviera sentido era: «Me he apoderado del documento del siglo, coronel».

—¿Qué coronel era ése?

—No estaba presente, claro. Me supongo te referías a tu jefe Egmont. Confieso que no te creí. Transportado a Moscú, tuve que someterte a hábiles interrogatorios. Mi conclusión fue definitiva; no te acordabas dónde habías escondido tu cartera. Me diste detalles sobre las etapas de tu monstruosa juega, pero ningún detalle nos permitía localizar el lugar donde perdiste, o dejaste tu cartera.

Sonrió afectuoso.

—Debiste preguntarte por qué Ilia Stenka te reveló el asunto del cepillo explosivo.

—Sigo intrigado.

—Estoy seguro que lo comprendiste al momento, pero te negaste a aceptar la idea. Te hacíamos saber, al igual que a tus jefes, que, muerto o vivo, ya no nos servías para nada. Estaba claro, Mart.

—Pero ahora estás aquí, Greg.

—Porque los demás servicios se han entremetido.

Intervino Belinda:

—Todo esto no explica por qué se cobra usted dos tercios de comisión.

—Me decepciona usted, Belinda. Primero, no cobro dos tercios, sino uno. Dicho de otro modo, reparto entre tres la totalidad de las cantidades que están percibiendo. Veinte mil entre tres, seis mil y pico, para hacer cifras redondas, siete mil para mí. ¿Decente, no?

—Así lo llama usted.

—Es que lo es. Es el precio de mi silencio, Belinda. Porque fíjate un poco, Mart, en un detalle. Si Leonard se da cuenta que no solamente estás navegando en plena niebla, sino que, además, no hay ninguna probabilidad de que recobres la memoria. Se lleva sus dólares, vuelve a Washington y anuncia a los que tú llamas Dedos que ya no tienen que temer nada de ti.

—En estas condiciones, ¿por qué el Gobierno ruso regala dinero?

—Es infantil. Para que los americanos no sospechen.

—¿Crees de verdad que no me volverá la memoria?

—Te lo garantizo. Con la cantidad de drogas que te largué, si hubiese quedado en tu seso la menor sombrita de un recuerdo, me hubieses revelado dónde estaba tu cartera.

Resumió Belinda:

—En definitiva, usted cobrará cada mes seis mil seiscientos sesenta y seis dólares.

—Y usted también, señorita Delorme.

Meneó Martel la cabeza.

—Gregor Ivanovich Vorodin... Eres un bandido.

—Ni mucho menos. Soy simplemente un hombre ahorrativo, previsor, cubriendo un posible futuro de vida normal. Se acomodó mejor en el sillón:

—No pretendo explicar mi vida. Por lo general, traté de defenderme contra la miseria. Al principio cometí un fallo. Excusable. Solamente tenía diecinueve años. Mi padre fue comisario con Beria. Lo suprimieron. Protesté indignado. Tuve suerte. Se limitaron a enviarme a un campo de reeducación. La experiencia me fue muy útil. Me prometí nunca volver a ser prisionero.

—Lo eres. De tu servicio.

—Por eso, para liberarme, voy ahorrando —y suspiró antes de añadir—: No podré regresar a Rusia. Me gusta demasiado el lujo. Podemos formar un trío bien afinado. Durante seis o siete meses ahorramos. Nada te impide, Mart, según las circunstancias internacionales, aumentar tu cuota mensual. Supongamos que China empiece a insultar a Rusia más que de costumbre. Inmediatamente solicitas una mensualidad triple. Te la darán. Hazme caso. Puedo ser tu buen consejero de «*planing*» y «*marketing*».

Belinda se desperezó, para luego revestir un batín. Dijo:

—Hay solamente una objeción, Greg. Resultas demasiado caro. Vas a darnos cuatro mil dólares más, y de ahora en adelante solamente te quedarás con el tercio de las cantidades que nos envíe tu Gobierno. Y no regatees ni discutas; es nuestra última palabra, ¿verdad, Mart?

—Ella es la administradora, Greg.

Vorodin parecía dolorosamente sorprendido. Añadió Belinda:

—Si no aceptas, Martel irá directamente a explicárselo todo a Leonard. Figúrate que Martel está ansiando hacerlo. Es un idealista,

aunque de momento se inhibe. Vamos, Greg.

Tendía Belinda la mano. Extrajo Vorodin un fajo del bolsillo, contó billetes y los dio. Levantándose, preguntó:

—¿Trato hecho?

—Pacto de tregua provisional y juego limpio entre nosotros — afirmó Martel.

—Entre nosotros, sí.

Yendo hacia la puerta, añadió Gregor Vorodin:

—Pero cuídate, Mart. Alguno de los colegas hospedados puede perder el sentido común y acabar contigo.

## CAPÍTULO IX

Estaban en la playa, bajo un parasol. Belinda estrenaba un bikini de piel de pantera. Se aproximó Carlos Chang, inclinándose ceremoniosamente ante ellos. Salvo sus ojos oblicuos, tenía aspecto de hombre de negocios de cualquier nacionalidad.

Traje de dril blanco, camisa crema, zapatos blancos y negros. Solicitó:

—¿Pueden honrarme aceptando oírme?

Señaló Martel uno de los cojines neumáticos. Chang se sentó.

—Soy comerciante en Tahití, y hace unos días recibí visita de un viejo amigo que sigue residiendo en China. Me rogó le hallase, señor Martel, ya que al parecer posee usted una mercancía valiosa que él desea adquirir. Fui a Nueva York, pero había usted partido a Méjico. Mi amigo está dispuesto a pagarle el precio que usted fije. No estoy autorizado a discutir ninguna rebaja. ¿Cuánto pide, señor Martel? Me llamo Chang, Carlos Chang.

—No entiendo nada de lo que me cuenta. No tengo ninguna mercancía en venta. No soy comerciante y, además, estoy de vacaciones.

—Ya sé que está de vacaciones. Pero las informaciones que posee mi amigo son serias: tiene usted una mercancía y es vital para él y su nación que usted se la entregue.

—En mi opinión, sería mejor que se alejase, Carlos. Los pelmazos me producen un efecto curioso: aumentan mi dosis de adrenalina y me entran arrechuchos de esquizofrenia agresiva.

También gravemente, replicó Chang:

—Muchos humanos son así hoy en nuestro mundo. Por ejemplo, mi amigo se convierte en un verdugo sañudo cuando le niegan algo que desea.

—¡Lárgate, Chang!

—Mi amigo me encargó otro mensaje.

—Suéltalo.

—Dijo que lamentaría perturbar sus vacaciones. Pero lo hará. No puede suprimirle, puesto que posee usted la mercancía en lugar secreto. Pero no podrá ir a ningún sitio, sin ser seguido.

Sacó del bolsillo una cajita de cristal.

—Miren, por favor.

Martel y Belinda vieron una araña negra. Explicó Chang:

—Es un insecto desagradable. No mata. Enferma. Picores por todo el cuerpo. Se llega a una hermosa habitación lujosa. Y toda la noche es un tormento con esta araña.

Se guardó la cajita.

—No es más que una pequeña muestra de todo un surtido. Usted es muy capaz de soportar, estas pequeñas molestias, pero a la larga... ¿No vale más que nos entendamos? ¿Cuánto?

—Lárgate.

Carlos Chang se levantó:

—La sabiduría es la cualidad menos abundante entre los occidentales. Simuló una burlona reverencia oriental y se fue.

El primer incidente se produjo por la noche. Martel despertó con la sensación de hallarse congelado. Encendió la luz de la mesita. La ventana estaba cerrada, dado que el hotel estaba enteramente climatizado. Fue al regulador de temperatura. Se había disparado a bajo cero. Colocó la aguja en quince.

Volvió a dormirse. Pero se despertó pesadamente, con la impresión de bañarse en aceite caliente. Fue a abrir la ventana de par en par. El regulador señalaba quince, pero la temperatura había ascendido a la de sauna, para obesos recalcitrantes.

Dejó la ventana abierta. Colocando varias cuerdas de violín tensas a diversos niveles a ras de suelo, en el abierto marco. Regresando a su cama, algo le extrañó. Miró hacia la cortina.

—¿Duermes, Linda?

—Lo intento... Supuse que tu cuerpo reaccionaría como un barómetro.

Al mediodía encontraron a Chang en el vestíbulo. Saludó sonriente. Dijo Martel:

—Divertidos tus trucos.

—Hay otros más entretenidos y más difíciles de evitar.

—No abusos, no vaya a ser que se despierte mi imaginación.

Entraron en la sala comedor. Varias mesas ocupadas. En una, Leonard y Vorodin tomaban el aperitivo, conversando animadamente. Saludaron con la mano y con gran cordialidad a la pareja, que correspondió. Murmuró Belinda:

—También se besan en las mejillas los políticos, ¿no?

Apenas se habían sentado cuando en la mesa vecina se instaló una pareja. La oriental y su acompañante. Ella le dedicó una insinuante sonrisa a Martel. Poseía unos maravillosos labios escarlata cuya leve humedad que renovaba ella misma con frecuencia resultaban por sí mismos una promesa. Era imposible no ver que ella contaba mucho sobre las esperanzas que aquella particularidad hacía nacer en la mente masculina.

Afirmó Belinda:

—Esta morisca tiene labios de ventosa. Trata sin disimulo alguno de demostrarte que está a tu entera disposición.

—Es el destino de los ricachones como yo. Atraen a las románticas.

Paladearon cangrejos con salsa especial. La egipcia seguía sonriéndole. Opinó Belinda, tras el postre:

—Ya dispones de lo necesario para pasar una tarde oriental. ¿Te sientes heroico, Mart?

—Depende.

—Me gustaría que le dices cita en tu cuarto. La esperarás y me dejarás actuar.

—No sé la razón, pero contigo soy muy dócil, Linda.

Levantándose, ella se inclinó para besarle en la frente. Se alejó. Pasaron unos minutos. El joven egipcio se levantó, besó la mano de su compañera y desapareció. La oriental volvió a sonreírle ávidamente a Martel.

Se levantó dirigiéndose a la mesa ocupada por ella, sentándose en frente. Miraba aquellos labios palpitantes, como una roja flor carnosa, devoradora.

—Me llamo Martel.

—Y yo Laila.

—¿Tenemos algo que decirnos y que valga la pena, Laila?

—Mucho... —y la egipcia volvió a relamerse.

—Entonces valdrá más el secreto de la intimidad... ¿Le parece aceptable mi habitación?

Ella recogió el bolso y se levantó. Era alta, ondulaba y fascinaba. Cerca de la recepción se detuvo Martel, cogiéndola por un codo.

—Subo primeramente a solas. Número 190. Dentro de cinco minutos, venga. Tengo que asegurarme que mi amiga no está. Dejaré la llave en la cerradura. Llama usted. Si digo «adelante», no insista. No estaré solo. Si me callo, pase adelante.

Ella asintió, pestañeando. Belinda oyó la explicación de la cita y él añadió:

—Hay heroísmos sublimes y anónimos.

Salió al corredor yendo en dirección opuesta. Oía él ascensor subiendo, llevando a la hermosa Laila. Suspiró.

Laila llamó en la puerta del 190. Silencio. Entró.

—Pase usted sin remilgos, querida. Laila se inmovilizó. En la diestra de Belinda había una pistolita.

—Le advierto que conozco bien su manejo. Sabe usted nuestra mutua situación. Si la liquido, ni siquiera me molestarán. Diré que vino a robar en mi habitación. —Y señalaba la cortina tensa.

—¿Qué pretende usted?

—Saber lo que deseaba obtener de Boris. La egipcia alzó los hombros.

—Me gusta, sencillamente. ¿Acaso no puedo ser caprichosa a veces?

—Admito que Boris es muy atractivo, por sano, bruto y cándido. Es musculoso, sin aparatosidad. Mide un metro noventa y dos, pesando solamente ochenta y siete. Posiblemente son otras las medidas que le interesan a usted. Pues resígnese. No podrá.

—¿Celosa?

Acercándose sonriente a la egipcia, Belinda le propinó un violento bofetón. La cara de Laila se ladeó. Pero también sonreía cuando su mano surgió veloz devolviendo el bofetón.

Belinda aplicó un culatazo cerca de la sien. Laila pareció extrañada. Y sus ojos de gacela expresaron un gran cansancio repentino. Se desplomó, pero reteniéndola la arrojó Belinda hacia la cama.

Fue a la puerta y abrió. Entrando avanzó Martel hacia la cama donde Laila yacía indolentemente.

—Toda una belleza oriental. ¡Y qué labios tan sugestivos!

Pero su segundo reflejo fue más positivo: recogió el bolso de la

egipcia que estaba en la alfombra. Lo abrió. Un pañuelo enrollado como si contuviera un objeto que debía ser protegido. Lo desenvolvió con cuidado. Apareció una larga aguja.

Martel fue al cuarto de baño regresando con una jarra de agua. La vació desde lo alto sobre el rostro de Laila. Ella se estremeció, y cuando abrió los ojos pareció asombrada al ver a Martel, quien dijo:

—Discúlpame. Me retrasé. Mostraba la aguja.

—¿Era para mí?

Asintió ella, densos los negros ojos.

—¿Cianuro?

—No.

—¿Curare?

—Tampoco.

—Lo que sea. Y mientras yo estuviese en el limbo me habrías registrado, porque el cuarto hará ya tiempo que todos lo visitaron.

Belinda cogió de manos de Martel pañuelo y aguja. Con rapidez hincó la aguja en un muslo de Laila. La egipcia lanzó un grito y al instante sus facciones se relajaron. Sus labios carnosos adquirieron el mohín de la que va hundiéndose en hondo sueño. Solicitó Belinda:

—Ahora déjame unos instantes a solas con ella. No, no la mataré. No soy una asesina. Simplemente reducir al mínimo sus armas.

—Las mujeres sois muy complicadas —afirmó Martel, abandonando la habitación.

Belinda empleó la aguja. Laila estaba insensibilizada. No podía notar el tatuaje que iba picoteando sus labios.

Belinda llamó por teléfono al egipcio.

—Laila tuvo una indisposición mientras charlábamos tranquilamente. Venga a recogerla, por favor.

Cuando el oriental llegó, contempló los labios llenos de motilas azules. Amablemente, dijo Belinda:

—No sé si la aguja contenía veneno.

—Soporífero. Pero perdió ella su mayor encanto.

—Si se la lleva lejos, no perderá la vida. Ni usted tampoco.

El oriental se llevó en brazos a Laila. Había perdido su mejor arma. Prefirió regresar a la madre patria con Laila, que, aunque tatuada de por vida, podría ser aún utilizable.

## CAPÍTULO X

En la terraza de la habitación de Leonard, los cuatro miraban el sol. Dormitaban. Hasta que dijo Belinda:

—Creo que existe un sistema para librarse de todos estos inoportunos que no se despegarán hasta que hayas encontrado la cartera, Mart. Supongamos que hubieses enterrado tu cartera al pie de este volcán tan célebre, el... Pocotapeltel.

—El Popocatepetl —trató de enmendar Vorodin.

—Ese mismo —aceptó Belinda—. Vas a recuperarla y te siguen todos. Se producirá una batalla general o una persecución. Se exterminarán.

—Sí, ¿pero y yo, qué? —quiso saber Martel.

—Nos cuidaremos de que salgas ileso.

Leonard y Vorodin aprobaban complacidos. Agregó Belinda:

—Luego, cuando ya no quede ninguno de ellos, tendremos que escapar aprisa. Porque los remplazantes no tardarán en llegar. Los actuales, ¿cuántos suman?

Vorodin contó con los dedos:

—Dos alemanes, uno del Este, otro del Oeste, el checo, el rumano, el cubano, el albanés, el negro, el yugoslavo, el chino... Nueve en total.

—¿Cómo planeas la operación, Linda?

—Muy sencillo. Primero procurarnos una cartera idéntica a la tuya. No será difícil. Luego colocamos dentro una cinta magnetofónica y una película, además de una cámara «Cannon», igual a la que empleaste.

—Material fácil de conseguir —aprobó Leonard—. ¿Qué más, Belinda?

—Alguien irá a enterrarlo todo en el lugar que escogeremos ahora. Y empezaremos el período de intoxicación, a base de noticias que propalarán el mismo portero y algunos camareros.

Alzó la mano Leonard, atajándola.

—El portero es del CIA.

—Magnífico. Escalonará entonces sabiamente sus secretos y nos situará exactamente el lugar. Bastarán dos aldeas cercanas. Lo esencial es que cuando lleguemos, todos estén por los alrededores.

Levantándose, fue Leonard a buscar un mapa. Lo desplegó sobre una mesa.

—Yo mandaré a un agente mío de confianza a enterrar la cartera con el material.

Luego tendremos que organizar al minuto la reunión. Busquemos el punto más propicio.

Martel parecía ensimismado en meditaciones. Preguntó Belinda:

—¿Tienes algo que objetar, Mart?

—Estoy de acuerdo en todo menos en un punto. Krodislav, el yugoslavo, lo quiero para mí exclusivamente. Tengo que hablarle de Janine.

—Concedido —decretó Leonard—. Impediremos que se vaya, y te lo mantendremos intacto.

—Entonces, al grano.

El portero del hotel era un mejicano calvo llamado César. Muy señorial y amable. Saludó con distinción al huésped número 190. Por lo general, los turistas eran conocidos por el número de sus habitaciones.

—Quisiera alquilar un buen coche, César —pidió Martel—. Indíqueme el señor su marca favorita.

—Un *jeep* rápido. ¿Puede ser?

—Será. ¿Vale un «Toledo Kayser», señor?

—Perfecto. Tengo que ir a Veracruz.

—Atravesará usted una bella comarca, señor. La del Popocatepetl.

—No creo que tenga tiempo de pararme mucho.

Leonard había elegido el lugar de la expedición: la selva de Tlaxcala al pie del volcán.

Y el portero César empezó la «intoxicación» progresiva de todos los que venían a inquirir sobre el huésped número 190. Aparte de su sueldo del CIA y del hotel, sacaba muchas propinas el mejicano César.

Belinda explicó mientras reposaban bajo el parasol:

—Esta noche partiremos en dirección al Popo. Nos seguirán. A unos cincuenta kilómetros, daremos media vuelta, como si acabásemos de descubrir que éramos seguidos. Será agradable la excursión en la fresca noche...

Se acercaba Carlos Chang, que se inclinó en saludo ceremonioso.

—¿Piensan abandonar el hotel, si no es indiscreción?

—Una simple excursión hacia Veracruz —sonrió Belinda.

—Hermoso lugar. Célebre por una derrota francesa. Hay una colonia china muy importante.

Se alejó tras otro saludo ceremonioso. Poco después, Leonard se tendía en la arena boca abajo. Especificó:

—Todo en marcha. Están persuadidos que les diste una pista falsa al portero. Pero César ha delegado en su ayudante para que propale el secreto que todos le piden por separado. Ya te creen ahora en el bosque bajo el volcán.

La excursión nocturna era deliciosa. Un tibio claro de luna que concedía a cada objeto una hondura misteriosa. La carretera era buena, casi una autopista. Dos coches les seguían.

Martel conducía el *jeep* «a ráfagas». A veces sacándole el máximo, y en cambio, aminorando a cuarenta en rectas descendentes.

Los perseguidores parecían desconcertados.

Martel detuvo al borde de la carretera. El cielo era de un azul metálico. Hasta el infinito se extendían a la derecha los campos de maíz. Al otro lado, una colina cubierta de cactus. El aire olía a naturaleza limpia.

Murmuró. Belinda:

—Sería delicioso poder vivir en un sitio así, Mart. Bueno... Ya puedes dar media vuelta.

Por el retrovisor siguió Martel las sucesivas medias vueltas de sus perseguidores. Comentó:

—Están perplejos.

—Misión cumplida en su primera parte. Éste era nuestro propósito.

Hacia las once penetraban por la carretera en dirección al bosque de Tlaxcala. Belinda iba repitiéndole el camino a seguir:

—Cuando divises la aldea calcinada, sigues doscientos metros

más y giras a la derecha, por una carretera secundaria, continuando durante un kilómetro aproximadamente, hasta un claro.

—Y allí excavaré a la izquierda del árbol mayor, un pino de Méjico. Divisaron la primera casa en ruinas y los muros calcinados. Insistió ella:

—Recuerda. No debes pelear, sino mantenerte quieto, como resignado y fatalista.

Atravesaron la aldea muerta. A lo lejos, la cima luminosa del volcán brillaba bajo la luna. Murmuró ella:

—Me gusta el Popo. Es un gigante apacible, bonachón, que de repente tiene arrebatos bestiales.

Martel vio el sendero terroso en el mismo instante que pasaba a poca velocidad. Frenó en seco. Una vegetación tupida, mitad cactus, mitad arbustos floridos, lo disimulaba en parte. Comentó Belinda:

—Ya nos han localizado. Ahora estafan dispersándose en torno.

El claro distaba unos doscientos metros. Los rayos lunares iluminaban el suelo recubierto de pinocha.

Bajando, recogió Martel la pala corta. El silencio era completo, truncado solamente por gritos de pájaros que parecían poblar el bosque. Avanzaron lentamente, abriendo Martel la marcha. De vez en cuando, un susurro por la maleza les obligaba a detenerse. Era el viento o una pieza, de caza, huyendo. Pronto empezó Martel a notar gotitas de sudor en su frente. No pudo determinar si era debido a un confuso temor, o al calor húmedo que desprendía la vegetación. No le agradaba la idea de tener que mantenerse pasivo. Esperando el golpe.

Sabía que no le matarían. Hasta no cerciorarse de si el contenido de la cartera era legítimo.

Un crujido a su derecha le alertó. Percibió una sombra encorvada.

—Oye, Linda, te pueden maltratar, muchacha —susurró.

—No. Me las compondré. No te inquietes por mí.

Llegaron al claro. Era extenso. Resulta fácil distinguir al árbol de tronco más grueso. Lo tenían casi enfrente. Atravesaron con cautela bien fingida. Nada se movía. Se había instalado un silencio sorprendente, como todo lo que poblaba el bosque retenía el aliento.

Martel se detuvo a la izquierda del árbol. Nada indicaba que se

hubiese enterrado nada allí: la alfombra de agujas de pino y de cactus entremezcladas no dejaba aparecer ninguna huella de removimiento reciente.

Hincó reciamente la pala en el suelo. Excavó y bastaron unas paletadas. Topó un objeto que cedía bajo la presión. Inclinandose, su mano halló el contacto del cuero. Extrajo una cartera negra. Exacta a la que había perdido. Exclamó:

—¡Ya la tenemos, querida!

La abrió. La claridad de la luna le permitió mostrar a Belinda la cámara, luego los dos envases, con cinta magnética y película. Que volvió a guardar en la cartera. Y siempre en voz alta, anunció:

—Por fin.

Tras él, se agitaron violentamente unas ramas. Se preguntó quién iba a aparecer. Eran los dos alemanes: Braun y Ulric. Exigían:

—¡Suelta la cartera!

Se oyó un crujido acelerado en crepitaciones. Del matorral surgieron el negro y el cubano. También empuñaban revólver como los dos alemanes.

Belinda iba disimulándose poco a poco tras el árbol. Martel juzgó que era ya el momento de recibir el golpe. Cogida la cartera bajo el sobaco, corrió como si quisiera huir embistiendo.

El culatazo era doloroso, pero torpe. Se desplomó, soltando la cartera. Golpes como aquél había encajado docenas en sus peleas. Pero valía más conservar consciencia clara para atender el espectáculo que se avecinaba.

Cayó de lado, extendido perpendicularmente al árbol. Podía ver lo que ocurría en el claro. A sus espaldas oía alejarse a Belinda.

Ulric recogía la cartera. Una voz conminaba:

—¡Quieto! ¡Tírala aquí!

Era el negro. Entreabrió Martel un párpado. Dos más aparecían. El checo y el rumano. Restalló un disparo. Identificó Martel el primer muerto. El cubano. Una voz aguda, autoritaria, chillaba:

—¡Quietos todos!

Carlos Chang. Alzó Martel los párpados. Chang venía seguido por tres chinos, con metralleta. El albanés, manos en alto, avanzaba empujado por la metralleta de un chino. Carlos Chang gritó:

—¡Estúpidos blancos! ¿Para qué matarnos entre nosotros, cuando ahora es tan fácil llegar a un acuerdo? Primero... ¡tírad las

armas!

Las tres metralletas se alzaron. Fueron oyéndose caer objetos metálicos.

—La cartera —ordenó Chang.

Ulric obedeció inmediatamente. La cartera aterrizó casi ante los pies de Chang. La recogió y dijo:

—Ahora, podemos conversar. En esta cartera están los documentos que demuestran la existencia del trust Washington-Moscú. China desea que este documental de la conversación entre el embajador soviético y el secretario americano sea difundido al máximo. Por consiguiente, iremos al lugar donde en un magnetófono reproduciremos la cinta en tantos ejemplares como somos. Lo mismo con el film. Y sus servicios, señores, les felicitarán. En sus vehículos me seguirán.

Se aproximaba Chang a Martel. Alguien advirtió:

—¡La francesa escapó!

—Deseará avisar a sus amigos ruso y americano... Pero si somos atacados, nos defenderemos. Recojan sus armas. Recuerden... Mis tres compañeros dispararán al menor gesto necio.

En el suelo, Martel fingió volver en sí. Primero con un gruñido. Oyó la risita agria de Chang:

—La fiera despierta. Final de la gran hazaña, Martel. Merecía algo mucho mejor, mi muy honorable colega.

Sentándose, Martel se frotó la cabeza. Dijo Chang:

—No puedo liquidarle. Todavía no. Es usted el que filmó y, cogió la cinta sonora. Le advierto, al igual que a los demás, que mis compañeros son tiradores de primera. Y olvide toda ilusión, Martel. Cuando Vorodin y Leonard, alertados por Belinda, pretendan hallarnos, la cinta sonora estará ya viajando hacia nueve naciones. Al igual que la película.

Cuando Belinda al volante del *jeep* llegó a la aldea calcinada, encontró al ruso y al americano. Ambos avanzaban revólver en mano con la lentitud característica del combatiente cuya certeza es la de llegar a un campo de batalla cubierto de muertos.

Relató brevemente Belinda la novedad. No había más que un muerto. Los demás formaban una escuadra muy viva, armada, con el refuerzo de tres metralletas.

—Ir allá es sucumbir neciamente —opinó Vorodin.

—Es perder con un leve porcentaje de un uno por ciento de posibilidad de vencer —afirmó Leonard.

—Pero cuando Chang se dé cuenta que no hay nada en la cinta, no estará contento. Es inteligente. Pero los otros pueden enfadarse. Y tienen preso a Martel.

—Así es la vida. En nuestra profesión —sentenció Leonard— no hay lugar para los sentimentalismos. Además, confíe en Mart. Saldrá de apuros. Las ha visto peores. En resumen, no hay más que un muerto. El cubano.

—Pero deseo que Martel no sea el segundo —dijo Belinda.

—No lo matarán. Si lo hiciesen, suprimirían toda posibilidad de conseguir lo que pueda saber Mart sobre el escondite secreto.

—No todos son tan sutiles como usted y Vorodin. Los que he visto en el claro son simplemente hombres, oficinistas que han elegido el espionaje, en vez de un Banco o una compañía de seguros. No son más tontos que otros, pero tampoco son más geniales. Cuando pierden, se irritan. Y llevan armas de fuego.

Estaban ocultos tras un muro calcinado. Indagó Leonard:

—¿Qué podemos hacer?

—Cúidese de hacer localizar el paso de la caravana. Yo me ocuparé de hallar un refuerzo efectivo para sacar del atolladero a Martel.

## CAPÍTULO XI

El yugoslavo Krodislav dormía profundamente, bajo los efectos de la droga administrada por Leonard en cumplimiento de su promesa a Martel.

Belinda inyectó en el brazo del durmiente, cardiazol. El cuerpo del yugoslavo se agitó convulsivamente. Abrió los ojos. Muy extraviados.

—¿Qué... quién?

—Necesito de usted. Despiértese del todo, Krod. Vaya escuchando.

Contó a su manera lo sucedido en el claro. Cuando acabó. Krodislav estaba muy despierto. Exclamó:

—¡Ha sido el condenado chino el que me drogó para apartarme! Hablaba un inglés perfecto. Añadió:

—Pero ¿por qué viene a contarme todo esto?

—Porque tienen a Martel prisionero.

—Me importa un rábano su Martel.

—Pero nuestros intereses ahora se unen. Me ayuda a libertar a Martel y gana una partida en la cual pretendieron apartarle.

—¡Conforme!

Empezó a vestirse apresuradamente. Gruñó:

—Valiente porquería me endilgaron. Seguro que es una hierba china.

—Naturalmente, Krod.

—Son todos unos perros imperialistas. Hasta los chinos. Solamente Yugoslavia es el único país puro.

—Exacto. Por cierto, ¿qué le pasó con Janine?

—Se puso terca. No resistió. Oiga... ¿Y cómo sabe usted dónde van a reunirse?

—Tengo amistades.

—Claro.

No tenía ella por qué explicar que la localización se estaba efectuando de dos modos. Leonard transmitiendo por la radio de su coche para que surgieran coches a apostarse, ocultos, en los cruces del camino de regreso de la caravana. En cuanto a Vorodin debía intentar seguir la caravana.

Belinda contempló complacida cómo el yugoslavo se repartía un arsenal inteligentemente concebido: dos «Colt» en el cinturón, dos minúsculas pistolas en las mangas de la amplia cazadora, y dos cuchillos en la cara interna de sus botas.

Entraron en la granja aislada. Había una gran sala con mobiliario funcional. Con una enorme mesa larga. Chang presionó un botón y el techo se iluminó con una extraña luz rosácea.

—¡Vayan instalándose, señores!

Chang pasó tras la mesa, sentándose. A su lado, en pie, un chino con metralleta. A cada extremo de la mesa, otro.

Los demás fueron instalándose como pudieron. Martel había logrado sentarse en un sillón cercano a una esquina de la larga mesa.

Sonriente, depositó Chang la cartera sobre la mesa. La abrió. El silencio era absoluto en aquel lugar aislado.

Hizo Chang una señal, y uno de los chinos trajo un enorme magnetófono suizo. Martel lo identificó como un aparato de primera clase, de lo mejor que se fabricaba en alta fidelidad.

Chang cogió la cinta y la encajó en su platillo. Insertó la cinta por los pasadores y la sujetó a la otra bobina. Tenía una sonrisa beatífica.

Pulsó el botón. Vio Martel encenderse la pupila verde del aparato. Se oyó un rumor de freiduría. El peculiar de la cinta al ir rodando.

Todos ladeaban la cabeza para tender mejor el oído. Pasaron unos segundos. De pronto se oyó un silbido agudo. Explicó Martel:

—Es el secretario americano llamando al embajador ruso.

No le hacían caso. Pasaron varios segundos más... El chisporroteo de la cinta al rodar era de muy buena calidad. Alta fidelidad. Pero no se oía más que ese ruido exasperante.

Chang comenzó a impacientarse. Dirigió una larga mirada a Martel quien, sonriente, dijo:

—No tardarán en hablar.

Pasaron más segundos. Alguien gruñó. Chang golpeó la mesa con el dedo, imperativamente. Martel tragó saliva. Sentía mucha sed.

Y la puerta se abrió violentamente. En el dintel apareció Krodislav empuñando los dos «Colt». Una imagen de *western*, en granja aislada.

Clamó Krodislav:

—¡Sapos imperialistas!

—¡Parando el magnetófono! —sonrió Chang—. ¿Por qué no viniste antes?

—¡Ya lo sabes bien, chacal!

—Te juro que no —dijo el chino.

Era el momento de actuar. Martel gritó:

—¡Dispara, Krod, dispara! ¡Pronto!

Y se lanzó en zambullida hacia el arcón de granos tras el cual había localizado un hueco. Su grito se basaba en la experiencia. Una incitación lanzada con voz apremiante, actuaba sobre los reflejos por un mecanismo casi físico.

Estaba explicado psicológicamente. El que empuña un revólver es que teme cualquier defensa. Al temer, dispara el primero. Una lógica implacable que hizo disparar a Krodislav.

A la vez que reptaba sobre codos y rodillas, Martel vio tambalearse a Chang. Estallada la frente. Crepitó una ráfaga y Krodislav cayó. Le causó pena a Martel. Había imaginado una muerte mucho más lenta para el yugoslavo.

Había mucha agitación en torno. Recibió Martel un zapatazo en la oreja. Era el zapato de Braun que se adelantaba hacia la mesa para coger la cinta. No pudo llegar. Una metralleta se lo impidió.

Cuando Martel estaba a punto de alcanzar su refugio, un cuerpo se desplomó ante él, tapando el paso. Era Turiano, el albanés.

Ayudándose con los sillones y respaldos de cajas, logró llegar Martel cerca de la puerta. En el trayecto le debió la vida al rumano que encajó las balas que eran destinadas al prisionero.

Casi cerca de la puerta se tropezó con Krodislav, de rodillas tras un sillón volcado.

Tenía un surco en la sien, pero que gozaba de plena vitalidad.

—Creí que te habían tumbado —declaró Martel, muy satisfecho.

—Liquidé ya a dos chinos y al negro —anunció Krodislav,

jubiloso.

—Eso es una discriminación racial impropia, hombre...

Pero el yugoslavo no le escuchaba. Disparaba en dirección a una cabeza que aparecía tras un armario volcado... El checo acabó de aparecer por completo. Abriendo enormemente la boca. Y se desplomó como segado por la mitad.

—¿Quién queda? —indagó Martel.

—El checo se cargó a Ulric. O sea, que solamente queda un chino.

—Dos.

—No, porque al tercero lo fulminó Braun antes de ser acribillado.

—¿Y por dónde anda el cuarto chino?

—Por ahí, arrastrándose con su metralleta...

Comprendió Martel la táctica. El chino superviviente se había ocultado para evitar el cruce de fuegos. Gracias a su metralleta confiaba en ser el último, el vencedor.

Susurró Martel:

—Repta hacia la izquierda... Yo a la derecha... Entre los dos, lo cazaremos, Krod.

Iniciaron ambos en sentido opuesto su cerco.

Y de pronto, desde el umbral, resonó una voz femenina:

—¡Cuerpo a tierra, Boris!

Martel vio volar una esferita colorada que fue a caer cerca del lugar donde debía hallarse el chino y hacia donde se aproximaba Krodislav.

Se adhirió a las tablas como si quisiera penetrar en ellas.

La explosión retumbó, iluminando en súbita llamarada la sala.

La onda expansiva hizo vibrar los tabiques. Saltó Martel en pie. Corría hacia la mano femenina tendida.

La de Belinda.

Ya no podía vengarse del asesino de Janine. La granada había acabado con el yugoslavo.

La mano de Belinda era suave, tibia, acariciante. Murmuró Martel:

—Arrojaste el bombón con gran talento, muchacha.

Trataba ella de hacerle apresurar el paso hacia el jeep.

—Pero si ya no queda nadie ahí dentro que pueda molestarnos,

Linda.

—Ahí dentro, no. Ahí fuera, sí.

Señalaba la noche clara y fría sobre el campo mejicano. El aire era de una suave ligereza. Aromado de tomillo y yerbabuena.

La granja empezaba a coronarse con penacho de humo negro rojizo.

Solamente se divisaban los coches estacionados a un lado.

—¿Dónde está el peligro? —quiso saber Martel.

Pero ya estaba en el coche, tras el volante, embalando a medida que Belinda exponía:

—Leonard y Vorodin se ocupaban de localizar esta granja. El ruso siguiendo. Debieron dispararle desde el último coche. Lo encontré al venir. Pasó a mejor vida. Leonard estaba recogiendo los mensajes de localización de sus agentes auxiliares. Me comunicaba la orientación a medida que yo avanzaba en el *jeep* con el yugoslavo. Entró Krodislav en la granja y me reuní con Leonard. Venía solo, confiado. Le di un golpe entre los dos ojos.

Tardará en recuperarse.

—Pero apenas vuelva en sí, avisará a sus sabuesos.

—No podrá.

De soslayo miró duramente Martel a la deliciosa Belinda. Ella sonrió afectuosa.

—No, no... Me limité a colocarle esparadrapo en la boca y atarle de pies y manos. La granada la llevaba también él en su maletín. ¡Cruza a la derecha! Vendrán por la carretera normal los que acudan al ver el reflejo del incendio. Tenemos que abandonar Méjico por el camino que no deja huellas, Boris.

—¿Cuál es, sabihonda?

—Hace tiempo lo preparé, confiando que algún día lográsemos perder de vista a Leonard y a Vorodin. Una lancha rápida espera. Sin tripulantes. Un pesquero francés nos llevará a un puerto antillano, francés.

—Yo no estuve en ninguna isla francesa.

—De ahí borraremos nuestro rastro a la CIA. Dos pasaportes nuevos y volando hacia la última etapa de nuestro viaje, Boris.

—¿Japón?

—Es una sorpresa, hombre. Ya lo verás. Una gran sorpresa.

## CAPÍTULO XII

La isla de Bali era un lugar muy pacífico donde los habitantes más amables de la tierra, hace algunos años exterminaron unas cincuenta mil personas.

En el taxi que les llevaba lejos del centro de Singaraya, la capital, Martel pensaba en los contrastes de Bali. Un paraíso de vegetación florida. Aunque para Mattel se excedían en lo florido.

Recordaba con pena el lechón al horno servido la noche anterior, a su llegada, en medio de un decorado de hibiscus. El alcohol de arroz, bromi, tenía también sabor a frutas y flores.

Seguían una carretera que seguramente debía combatir a diario para no quedar borrada por la selva que la bordeaba. Numerosas aldeas la cortaban. Los que pasaban sonreían. Había preciosas muchachas con «sarong» de seda. Vendedores de arroz y sopa, con un largo junco al hombro y dos recipientes a cada extremo.

En cada cruce se erguían arcos de ramajes consagrados a la diosa Shri, la dadora de arroz.

Preguntó Martel:

—¿Dónde me llevas?

—A una aldea encantadora. No está lejos ahora.

Pasaron ante un templo de varias terrazas con bajorrelieves. Hacía tiempo habían perdido el oro con que antaño estaban adornados.

Anunció Belinda:

—Ya llegamos.

Apareció una aldea. Estaba casi enterrada bajo inmensos árboles, cocoteros, palmeras. Belinda hizo detener el coche. Bajó.

—Sígueme, Boris.

Martel obedeció. Llevaba días obedeciendo a Belinda. Fueron rodeados por una veintena de niños y niñas. Todos o casi todos tenían una belleza natural, con pieles doradas, grandes ojos negros,

rebeldes y tiernos.

Belinda se dirigió hacia un sendero que se hundía por entre chozas. Martel la seguía desconcertado. Había prometido no preguntar desde que emprendieron el largo vuelo.

Volviéndose, inquirió ella:

—¿Qué? ¿No percibes nada?

No contestó. Algo, como un velo oscuro, iba desgarrándose en su mente. Preguntó:

—¿He venido por aquí ya?

—Contéstate tú mismo.

Giró tras la segunda hilera de chozas. Ella se orientaba como si aquel lugar le fuera familiar desde hacía tiempo. Solamente una vez titubeó y fueron unos segundos. Martel olfateaba un perfume. Preguntó Belinda:

—¿Te recuerda una mujer que amaste mucho?

—Procura no burlarte. ¿Dónde me llevas?

—Hacia la verdad, la gran y única verdad. Y se detuvo ella en medio del sendero.

—Es aquí.

Se encontraban en una plaza estrecha limitada por cuatro barracas. Unas mujeres encendían un fuego y se preparaban a asar un animal despojado que parecía un lagarto.

La animación que demostraban parecía indicar que se regocijaban anticipadamente con el festín que se avecinaba: Meditó Martel que si no le invitaban a comer le harían muy feliz.

Vio a Belinda que corría de pronto, dirigiéndose hacia un chiquillo que, al verla, dilató mucho sus ojos. Belinda cogía al niño en sus brazos, lo levantaba y le aplicaba dos besos sonoros en las mejillas. El chiquillo reía feliz. Dijo Belinda:

—Te presento a Abdul.

Y miró a Martel:

—Pero ya le conoces.

Abdul agitó alegremente sus manos en dirección a Martel. Debía tener unos diez años, y sus largas pestañas protegían una mirada vivaz, cálida. Belinda lo dejó en tierra, y Abdul se apretó contra ella. Murmuró Martel:

—Creo que conozco a este crío.

Belinda sacó un rollo de billetes del bolsillo, y dijo:

—Lo que te prometí, Abdul.

Los ojos de Abdul se iluminaron. Pronunció frases en una lengua que no comprendieron. Ella le abrazó. Y apartándose, fue a sentarse en un tronco de árbol derribado. Dijo:

—Ahora ya puedo explicarte todo. Después de Japón, viniste aquí. ¿Por qué? Ni siquiera lo sabes tú mismo, quizá. ¿Por la belleza y falta de artificios de las mujeres de aquí?

—A lo mejor.

—Cogiste un taxi y le hiciste partir recto, siempre hacia adelante. Y te paraste en esta aldea. ¿Por qué? Porque sí. Esta aldea u otra... ¿No recuerdas?

—¡No!

Abdul intentaba comprender por los movimientos faciales. A su vez fruncía el rostro.

Belinda lo atrajo, contra sí.

—Bajaste del taxi. Caminaste. Vacilabas...

—¿Cómo lo sabes?

—Seguiste el camino que acabamos de recorrer. Y tropezaste con un espectáculo que te petrificó en sitio: un niño llorando.

Señaló a Abdul.

—Sí, él... Entonces tuviste una idea extraordinaria. Por lo menos me lo imagino, puesto que no diste ninguna explicación a nadie. Si tengo razón, es el pensamiento más sublime que germinó nunca en la mente de un humano borracho. Llevabas la cartera bajo el sobaco. Se la diste a Abdul.

—¿Por qué?

—Quizá Abdul representó para ti toda la miseria del mundo, un poco como en esas fotos que dan la vuelta al mundo porque ilustran cruelmente una situación. Un niño abandonado durante un éxodo, al borde de una carretera; un niño que llora ante las ruinas de su pobre choza. Y le diste al niño que lloraba lo que para ti era lo más precioso: unas palabras intercambiadas por dos hombres y que tal vez decidían el porvenir del mundo.

—Es posible.

Rebuscaba Martel frenéticamente en su memoria.

Proseguía ella:

—Luego, como no podías hacerte comprender por Abdul, regresaste al taxi. Escribiste una frase en inglés, que decía más o

menos así: «Guarda esto que te doy, es un tesoro, y algún día volveré a recogerlo, solamente me lo darás a mí, repartiremos, seremos muy ricos, nunca más llorarás». Lo hiciste traducir por el chófer y regresaste junto a Abdul. Le entregaste el papel, lo abrazaste y te fuiste.

Martel cayó sentado en el tronco. Miraba fijamente a Abdul. Abdul le sonreía extasiado.

—¿Y después?

—Fuiste a Cuba.

—Bien. Ahora me queda por saber cómo conociste a Abdul. Se endureció su voz:

—Cuenta rápido y breve porque tengo la impresión que el relato no me será agradable.

—No, no te será agradable, amor mío.

—Déjate de cariñitos. Cuenta.

—Tuve una idea. Rehacer tu viaje, pero en sentido inverso, es decir, comenzando por Cuba. En La Habana supe que habías llegado procedente de Yakarta. Vine. Era fácil hallar tu pista. En ningún lugar pasaste desapercibido. Llegué a Bali, y al segundo chófer que interrogué me habló de ti en muy buenos términos. Le habías dado diez dólares de propina. Lo que apenas gana en un mes. Una hora después conocí a Abdul.

El niño seguía las palabras en los labios de Belinda.

Irradiaba felicidad cada vez que adivinaba su nombre.

—Simpatizamos. A la media hora me mostraba todos sus tesoros. Entre ellos, tu cartera. Por gestos le hice comprender que yo era tu mujer. Cogí la cinta y la película. Prometí volver.

Acarició el rostro de Abdul. Una intensa expresión de felicidad apareció en la mirada del niño. Dijo Martel:

—Lo que tú hiciste otros pudieron hacerlo. ¿Cómo es que todos los servicios secretos del orbe no viniesen a arrastrarse ante los pies de Abdul?

—Porque desapareció el eslabón principal. El chófer de taxi. Dos días después de hablar conmigo, lo mataron, acusado de haber transportado meses antes a unos comunistas.

—Por consiguiente, este crío sigue teniendo mi cartera.

—Sí. Descríbesela con gestos. Te la traerá.

Martel dibujó con las manos un objeto rectangular. Abdul agitó

la cabeza afirmando y salió corriendo. No tardó en regresar. Llevaba la cartera que tendió a Martel. Éste la cogió. Hizo una mueca.

—Está completamente podrida.

Asintió Belinda. Abrió Martel la cartera. Estaba vacía. Preguntó:

—¿A quién diste la película y la cinta?

—Al SDECE.

—Entonces, ¿por qué me enviaron contigo por el sendero de guerra?

—¿No adivinas?

—Temo no haber hecho tantos progresos en el arte de la duplicidad como tú.

—Querido... Has comprobado que la cartera estaba muy húmeda. Ya lo estaba cuando yo llegué. Cuando en París quisieron revelar la película, se dieron cuenta que estaba totalmente velada. Este chiquillo encantador debió desenrollarla a pleno sol. En cuanto a la cinta, roída por el agua algo acida de esta jungla, era totalmente inaudible. Hicieron análisis. Se dedujo que la humedad de Bali contiene una fuerte densidad de electricidad estática. Bastó para desmagnetizar la cinta. No se oye nada.

Boris Martel estalló en sonora carcajada. Abdul le contempló con repentino respeto admirativo. Aquel hombre blanco reía como un trueno alegre.

—Ya comprendo ahora, por qué nos enviaron a través del mundo. Era preciso ocultar a cualquier precio que el arma ya no existía y que los americanos o rusos ya no tenían nada que temer.

—Yo podía haberme precipitado hacia aquí.

—Por esto mismo debía acompañarte. Nos intrigaste mucho al mencionar Nueva York. Egmont estaba persuadido que nos traicionabas o que ya lo habías hecho. No podía imaginarse que podías haber perdido la memoria hasta tal punto.

—¿Y tú?

—Poco a poco supe que eras sincero, brutalmente sincero. No pretendías engañar a nadie. Ni a mí. Y me fui enamorando. Tal vez ya lo estaba cuando leí tu carta a un chiquillo.

—Alto... No vayas a resultarme una romántica.

—Lo soy. Únicamente contigo. Lo sería todo lo que me queda de vida, contigo. Aquí, en otra isla, donde quieras, donde me ordenes.

Abdul, aproximándose, cogió tímidamente el dedo meñique de Martel.

Bajó Martel la vista. Sonrió.

Fue entrelazando sus dedos con los del niño. Parecía más que nunca un borracho chiflado al ir divagando.

—Los dedos de un crío hambriento, llorando... Este crío no vuelve a llorar. Este crío no vuelve a pasar hambre. Este crío no será víctima.

Alzó en brazos a Abdul. Titubeaba, avergonzado. Abdul le rodeó el cuello con sus brazos. Apoyando la mejilla en la cara de Martel.

Murmuró Belinda:

—Es huérfano. Podríamos adoptarlo. Basta con que nos lo llevemos.

—Sí, pero a ninguna ciudad. A cualquier pueblo de pesca, en una isla tranquila. La habrá, supongo. La buscas... porque no voy yo a lavarle la ropa al crío. Hasta aquí puedo llegar, ¿no? Un sitio donde nos dejen en paz, a ti, a mí y a Abdul Martel Delorme.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.**

Impreso en España



## NOTAS

[1] miel. Piropo muy corriente americano. < <

[2] Very Important Person. Personaje Muy Importante. < <

[3] El Poder Negro. < <